

RASGOS

5

DE LA VIDA PUBLICA

CD. 925-1861

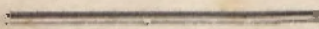
DEL JENERAL

FRANCISCO DE PAULA VELEZ, 1795-1857

O SEAN

RECUERDOS DE SUS CAMPAÑAS

EN NUEVA GRANADA I VENEZUELA.



BOGOTA.

IMPRESA DE LA NACION.

1859.

ADVERTENCIA.

Han servido de base para la formacion del presente opúsculo, por medio de extractos a menudo literales, las siguientes obras históricas i piezas oficiales.

La hoja de servicios del Jeneral Vólez, i los certificados de los Jenerales Bolívar, Sucre, Páez, Santander, Píñango, Maza, Salom i otros en cuyo testimonio se apoya dicha hoja.

Los boletines i oficios de antigua data comprendidos en la coleccion de periódicos i hojas sueltas del Coronel Pineda.

La coleccion de documentos relativos a la vida pública del Jeneral Bolívar, impresa en Carácas por Devisme Hermanos.

La historia de Venezuela por Baralt i Diaz, que ha sido la fuente principal de este bosquejo.

La de Colombia por Lallement.

Las memorias sobre la vida del Libertador, por el Jeneral Mosquera.

La descripcion del sitio de Cartajena intitulada: "Una página de oro de la historia americana," por García del Río.

Nada hai, pues, en este escrito que merezca considerarse como original. El trabajo de la redaccion ha estado reducido a elejir materiales i compendiarlos, darles trabazon i enlacc, i revisarlos para establecer alguna concordancia en los conceptos i alguna uniformidad en el lenguaje.

Estas circunstancias, al propio tiempo que escluyen toda pretension literaria, dan a las siguientes páginas el mérito de una exactitud cabal i de una autenticidad sin tacha.

RASGOS

DE LA VIDA PÚBLICA

DEL JENERAL

FRANCISCO DE PAULA VELEZ.

Al consagrar estas breves páginas a la memoria del Jeneral **Francisco de Paula Vélez**, supliendo con el estudio de documentos dispersos la falta de noticias metódicas i coordinadas, no aspiramos a escribir una biografía completa, para lo cual carecemos del tiempo i datos necesarios. Empero, el hombre a quien el Libertador juzgó digno de compartir con él este bello título, i a quien la patria agradecida condecoró con el expresivo dictado de Buen Ciudadano, no debe quedar, ni aun en los primeros momentos posteriores a su muerte, sin que se le dedique algun recuerdo que, aunque imperfecto i trazado por inesperta mano, sirva de trabajo auxiliar para llenar algun día el hermoso cuadro de esa noble vida.

En tanto, pues, que nuestra naciente literatura, compulsando los inmensos materiales que suministra la tradición viva, emprende la descripción de nuestra guerra magna, i da a conocer a los que en ella se distinguieron, procuremos sacar del manantial de los documentos que mas a mano tengamos, algunas de las proezas ejecutadas por el valeroso i buen ciudadano que es objeto del presente ensayo.

I

El Jeneral Francisco de Paula Vélez, nacido en Bogotá el 16 de agosto de 1795, tuvo por padre al señor Antonio Vélez, funcionario de alto rango fiscal bajo el régimen colonial, que siendo despues coronel de la República rindió por ella la vida en un pa-

tíbulo ; i por madre, a la señora Rufina Carbonell, hermana del señor José María Carbonell, que habiendo figurado en 1810 como presidente de la primera junta revolucionaria, murió tambien en un patíbulo por su amor a la libertad. A ella hicieron igual sacrificio dos hermanos del Jeneral : Miguel, muerto gloriosamente en la famosa batalla de Jenoy ; i Tomas, que pereció emigrado en la isla de Jamaica en 1816, a consecuencia de crueles dolencias contraídas en el memorable sitio de Cartajena.

Vástago de esta familia de mártires, no es extraño que Vélez abrazase desde temprana edad la causa de la independencia americana, tan atractiva de suyo para las almas jenerosas. Contemporánea su niñez con los primeros dias de nuestra revolucion, no pudo desde luego brillar entre las deslumbradoras celebridades de aquella época gloriosa ; pero no obstó esto para que tomase parte activa en sucesos ulteriores aun mas gloriosos, hasta llegar a hacerse notable en los terribles episodios de la gran epopeya colombiana, que por haber sido campañas de pura sangre, se conocen en la historia con el renombre de LA GUERRA A MUERTE.

Quince años tenia el Jeneral Vélez cuando estalló la revolucion de 1810, i apenas diez i siete contaba cuando fué agraciado con los cordones de cadete en 31 de agosto de 1812, prévia la dispensa de edad requerida por los estatutos militares. Obra de tres meses militó en esta modesta categoría ; pero habiendo el cuerpo en que servia cooperado al buen éxito de las operaciones que se ejecutaron contra las fuerzas realistas estacionadas en Pamplona i Cúcuta, fué luego ascendido por su buen comportamiento a la clase de oficial, recibiendo en 6 de diciembre del mismo año, junto con el despacho de subteniente del batallou de línea número 4.º de la Union, la charretera de los ejércitos independientes, tan codiciada en aquel tiempo por la juventud, i que de cierto sentaría graciosamente en los hombros casi infantiles de nuestro bizarro compatriota.

Jemía a la sazón Venezuela bajo el yugo brutal de Monteverde, Boves, Yáñez, Moráles i demas vándalos que hicieron inundar en sangre i lágrimas aquella tierra desgraciada. Bolívar, escapando providencialmente de la saña feroz de los opresores, i hallando en Nueva Granada una segunda patria que nunca le fué ingrata, acababa de libertar de los realistas de Santamarta una gran parte

del bajo Magdalena, i marchaba para Cúcuta a la cabeza de cuatrocientos cartajeneros i momposinos. Forzando los famosos desfiladeros conocidos con el nombre de Callejones de Ocaña, puso en fuga las avanzadas del jeneral español Correa hasta San Cayetano: pasó el rio en las propias embarcaciones que le abandonó el enemigo, i al dia siguiente, 28 de febrero de 1813, rompió el fuego en los cerritos inmediatos a la villa de San José, i derrotando a Correa, la tomó con muy poca pérdida. Ocupó en seguida todos los valles, i aunque en agria desavenencia con el coronel Manuel Castillo que mandaba las tropas de la Union, penetró con ellas en el territorio vecino i emprendió la heroica campaña de Venezuela como Comandante en jefe del ejército libertador, compuesto todo de granadinos.

En una proclama dirigida a los venezolanos por el Congreso de la Nueva Granada con motivo de esta expedicion, se leen, entre otros bellos conceptos, los siguientes que no será inoportuno insertar aquí:

“La Nueva Granada, despues de haber arrojado de su seno
“ a los bandidos que la infestaban, lleva hoy sus armas vencedoras
“ al centro de Venezuela. . . . Unid, venezolanos, vuestros esfuer-
“ zos a los que hacen vuestros libertadores para redimir de la
“ infame cautividad. Reuníos bajo las banderas de la Nueva
“ Granada que tremolan ya en vuestros campos, i que deben lle-
“ nar de terror a los enemigos del nombre americano”

A este interesante documento suscrito por el ilustre CAMILO TORRES, agregaremos otro de los muchos que revelan el entusiasmo de la época. Es tambien una proclama, dirigida por Bolívar a las tropas granadinas, i dice así:

“ *Soldados del ejército de Cartagena i de la Union.*

“ Vuestro valor ha salvado la patria surcando los caudalosos
“ rios del Magdalena i del Zulia; transitando por los páramos i las
“ montañas: atravesando los desiertos: arrostrando la sed, el
“ hambre, la insomnia: tomando las fortalezas de Tenerife, Gua-
“ mal, Banco i Puerto de Ocaña: combatiendo en los campos de
“ Chiriguana, Alto de la Agnada, San Cayetano i Cúcuta; re-
“ conquistando cien Ingares, cinco villas i seis ciudades en las
“ provincias de Santamarta i Pamplona.

“ Vuestras armas libertadoras han venido hasta Venezuela que
“ ve respirar ya una de sus villas al abrigo de vuestra jenerosa

“proteccion. En ménos de dos meses habeis terminado dos
“campañas, i habeis comenzado una tercera que empieza aquí, i
“debe concluir en el país que me dió la vida. Vosotros, fieles re-
“publicanos, marchareis a redimir la cuna de la independenciam
“lombiana, como las cruzadas libertaron a Jerusalem, cuna del
“cristianismo.

“Corted a colmaros de gloria adquiriéndooos el sublime renom-
“bre de LIBERTADORES DE VENEZUELA.

“Cuartel jeneral de la villa redimida de San Antonio de Ve-
“nezuela, marzo 1.º de 1813, tercero.”

El ejército a quien Bolívar dirigia esta elocuente proclama, i que iba a lidiar en tierra estraña contra diez mil soldados aguerridos, constaba solamente de quinientos hombres, pues a este número quedó reducido por las funestas disensiones entre Bolívar i Castillo. Componíanlo los fieles mouposinos i cartajeneros, cien bogotanos de los que proporcionó Narifio, i los cuadros de los batallones 3.º 4.º i 5.º de la Union, que el Congreso concedió, i que en su mayor parte eran tambien bogotanos. “Por fortuna, dice el historiador de Venezuela, los oficiales compensaban la falta de número en la tropa.” En efecto, allí iban Atanacio Jirardot, Luciano D’Elnyar, Antonio Ricaurte, Hermójenes Maza, Francisco de Paula Vélez, Manuel i Antonio Paris, José Maria Ortega i otros muchos granadinos que seria largo enumerar; todos contentos de tener por compañeros en semejante empresa a dos brillantes oficiales venezolanos, José Félix Rivas i Rafael Urdaneta, i todos ufanos i satisfechos de servir a órdenes de Bolívar.

Entre las estraordinarias cualidades de este ilustre campeón, resalta una increíble movilidad. Su primer paso fué enviar unos pelotones en que iba el 4.º de la Union, para batir a Correa, que con fuerzas superiores se habia atrincherado en la angostura de la Grita: duro encuentro que fué la accion de estreno de nuestro jóven oficial. El enemigo no pudo resistir el empuje del 4.º de línea mandado por Jirardot, i en cuyas filas militaba Vélez como subteniente con un valor tal, que ántes de que finalizase esta campaña, que fué de pocos meses, ya habia ascendido a la comandancia del mismo batallon.

Arrojado Correa de sus posiciones el 13 de abril, abandonó tambien a la Grita i Bailadores, destruyendo las municiones i los

montajes de su artillería, que no pudo conducir; pero luego, viendo Bolívar que el jefe español se estacionaba en Mérida, ordenó la marcha de toda su tropa ácia aquel punto, que los realistas desocuparon retirándose hasta la altura de Ponedesa. I como los habitantes, libres ya de la fuerza que los oprimia, hubiesen depuesto a las autoridades españolas i le llamasen con instancia, dobló las jornadas, i entre victores i aplausos hizo su entrada en aquel pueblo el 1.º de junio. Allí declaró inmediatamente, que segun las órdenes del Congreso granadino, restablecía el gobierno republicano en la provincia, bajo la misma forma que tenia ántes de la invasion de Monteverde.

En tan solemne ocasion, Vélez, cuyo corazon era todo granadino, tuvo el placer de oír de los labios de Bolívar, en la arenga que este dirigió a la Municipalidad de Mérida, las siguientes palabras :

“ El ilustre Congreso de la Nueva Granada, tocado de compasion al contemplar el doloroso espectáculo que presenta el buen pueblo de Carácas, i conmovido de indignacion por el grito de la justicia que está clamando vindicta contra los usurpadores de los derechos de América, ha enviado este ejército a restablecer en su antigua soberanía a las provincias que componen la República de Venezuela. La gloria del Congreso i del ejército que os ha redimido, consiste en la magnanimidad de sus designios, que no son otros que destruir a vuestros verdugos i ponerlos en aptitud de gobernaros por vuestras constituciones i por vuestros majistrados.”

“ ¡ Bendita sea para siempre la Nueva Granada ! ” contestó a nombre del pueblo el Presidente de la Municipalidad. “ Gloria al sabio Congreso que la representa i dirige ! Gloria al ejército libertador ! i ¡ gloria . . . a Venezuela que os dió el ser, i a vos, ciudadano Jeneral ! ”

II.

Pasados en Mérida los primeros momentos de regocijo, ocupóse Bolívar en el aumento i organizacion de su pequeña fuerza, i en ello anduvo afortunado, gracias al entusiasmo que habian inspirado sus victorias, i al movimiento i actividad que él sabia comunicar a cuanto le rodeaba; aunque a decir verdad, todo se reducía a juntar hombres, armarlos i nombrarles oficiales

que los pusieran en marcha sin disciplina ni ejercicios, porque todo dependía entónces de la celeridad en los movimientos, i no habia tiempo que perder.

De hecho estaba LA GUERRA A MUERTE declarada, i se hacia por los españoles con violencia i ferocidad imponderables. Trátase, pues, de saber si los americanos, declarados traidores i degollados doquiera sin piedad, se vengarian oscuramente de sus enemigos, o si añadirían a la necesidad de la venganza, la utilidad de publicarla con franqueza. La justicia pedía que el peligro fuera uno para todos, i que la eleccion de causa dependiera de la opinion de cada cual, no del menor riesgo de cierto partido en una lucha desigual con su contrario. En este concepto Bolívar declaró, en decreto de 28 de junio, que haria la guerra como los enemigos la querian, sin cuartel. "Españoles," decía, "contad con la muerte aun siendo indiferentes, si no obrais activamente en obsequio de la libertad de América. Americanos, contad con la vida, aun cuando seais culpables." No se podia expresar en ménos palabras, ni mas concisas, ni mas enérgicas, la naturaleza de la contienda.

Mas no bastaba amenazar; era preciso apoyar en el triunfo la osadía, para que no se tuviera por ridícula fanfarronada la enseña patriótica de "VENCER O MORIR." Así que, Bolívar dispuso inmediatamente marchar sobre Trujillo; i comisionó a D'Eluyar para desalojar a los españoles de las posiciones que ocupaban en Ponce-mesa. Correa no aguardó el ataque; i se embarcó en Moporó para Maracaibo; de modo que la vanguardia de los patriotas al mando de Jirardot (a cuyas inmediatas órdenes, como ya se ha visto, servía Vélez) hizo su entrada sin oposicion en Trujillo. I como aun quedaba en Carache un cuerpo enemigo de consideracion, Jirardot voló sobre él, lo alcanzó en el sitio de Agua-obispos, i despues de un combate reñidísimo, lo batió completamente, tomándole cien prisioneros, sus armas todas, i sus municiones. En esta contrapugnada accion tuvo por de cortado su buena parte el jóven Vélez, recibiendo a la par de algunos de sus compañeros expresivos encomias i recomendaciones del coronel Jirardot.

En Trujillo se ocupó Bolívar por algunos dias en restablecer el Gobierno Republicano, como ya lo habia hecho en Mérida, i en aumentar su reducida tropa. Consistia aquesta entónces en 500 hombres que formaban la vanguardia al mando de Jirardot,

i en 300 de la retaguardia, que estaba aún en Mérida a cargo del coronel venezolano José Félix Rivas. Así divididos, la posición de los patriotas era en extremo falsa; porque tenían a su costado izquierdo la plaza de Maracaibo, que en cualquier tiempo podía invadir el territorio desde Cúcuta hasta Trujillo: a la derecha estaba Barinas, donde Monteverde había hecho reunir a órdenes del Brigadier Tiscar 2600 hombres: al frente estaba el mismo Monteverde con todas las tropas que le habían servido para sujetar a Venezuela: Coro, en fin, por otro lado, fiel a los realistas, amenazaba siempre.

Puestas en combinado movimiento las masas enemigas, la situación de nuestro ejército llegó a ser crítica en extremo. Necesario era un patriotismo tan decidido i un espíritu tan heroico como el de Bolívar i sus comilitones granadinos i venezolanos, para proseguir alegremente una campaña que, aunque abierta con felicidad, parecía deber tragarse hombres i cosas ántes de llegar a término dichoso. Sin embargo, varias maniobras rápidas i audaces, felizmente ejecutadas por la vanguardia en que iba Vélez a órdenes de Jiradot, i los espléndidos triunfos obtenidos por Rivas i Urdaneta sobre fuerzas superiores en Niquitao i los Horcones, hicieron posible la ocupación de Barinas i Guanare, i abrieron luego un vasto campo de esperanzas i recursos al ejército liberador.

Reunido este en San Carlos el 28 de julio i engrosado con varias partidas de caballería, despues de dos dias de espera para que se incorporasen algunas tropas rezagadas, se emprendió marcha contra el coronel español Izquierdo que, a la cabeza de 2800 hombres, la mayor parte de muy buena infantería, parecía dispuesto a estorbar a los patriotas el paso ácia Valencia.

La descubierta de los republicanos encontró el 31 las avanzadas enemigas en unas alturas que separan la sabana de los Taguanes de la del Tivaquillo. Consiguíose no solamente desalojarlas, sino hacer gran número de prisioneros; pero cuando el ejército pasó al otro lado, vió que toda la hueste enemiga estaba en buen orden de batalla. Convenia el combate a los patriotas para impedir que se juntasen a Izquierdo nuevas merzas; pero como Bolívar quedase con alguna a retaguardia, procuróse entretener al enemigo para impedirle la retirada, mientras aquél llegaba. Así en efecto sucedió. I cuando todos los patriotas estu-

vieron reunidos, bien que no por eso igualasen en número a los realistas, conociendo Izquierdo, aunque tarde, su error de haberlos esperado en aquel sitio, cambió de formación, i, en columna cerrada, tomó la vuelta de Valencia.

En vano pretendieron los republicanos desordenar o detener siquiera al enemigo con vigorosas cargas de caballería, porque, rechazados siempre, veían con dolor que apenas un pequeño espacio de llanura separaba ya a sus contrarios de la serranía. El día entre tanto se pasaba, i aquella victoriosa retirada iba a complicar las operaciones, a poner en contingencias la campaña, i acaso a arrebatarnos gran parte de sus frutos. En ocasión tan peligrosa se ocurrió al medio de montar en las ancas de los caballos los mas infantes que posible fuese, para que, auxiliados por sus fuegos, pudiesen los jinetes intentar un grande esfuerzo. En efecto, Jirardot, D'Eluyar, Urdaneta i otros jefes dirijieron i ejecutaron este movimiento en unior del subteniente Vélez i de otros muchos oficiales subalternos, que, cuando estuvieron cerca del enemigo, apearon inopinadamente sus peones. En medio del desorden i confusion que produjo la primera descarga, unos i otros se lanzaron sobre las filas enemigas, penetraron hasta el centro de las columnas, las arrollaron, las acuchillaron, hicieron en ellas horrible mortandad. Tan impetuoso fué el empuje, que los enemigos quedaron a retaguardia, situados por consiguiente entre la caballería i la infantería de los patriotas. Izquierdo, mal herido cuando peleaba valerosamente en medio de los suyos, fué levantado del campo de batalla por los patriotas i llevado por ellos a San Carlos, donde murió poco despues. Hombres, armas, parque, bagaje, todo cayó en poder nuestro, no habiendo podido escapar sino un oficial a caballo, que llevó i dió la noticia del suceso, el 1.º de agosto, a Mouteverde.

Aterrado este con tantos contratiempos, no intentó disputar la ocupacion de Valencia a los patriotas; ántes bien, igualmente pusilánime en la adversidad que fiero en la ventura, huyó el mismo día a encerrarse en Puerto-Cabello, llevando consigo un buen cuerpo de infantería i algunos caballos.

La campaña estaba concluida, i Vélez, probado ya como oficial activo, pundonoroso i valiente, quedó con otros a disposicion de Jirardot en Valencia.

III.

El día 7 de agosto de 1818, en medio del alborozo i de las aclamaciones de un pueblo numeroso que lo apellidaba LIBERTADOR, hizo Bolívar su entrada triunfal en Carácas. Un año ántes habia salido de aquella ciudad prófugo i casi desconocido, i seis años despues habia de darle la Nueva Granada el mismo glorioso renombre en el campo inmortal de Boyacá.

El 8 anunció Bolívar por una proclama el restablecimiento de la Republica de Venezuela, bajo los auspicios del CONGRESO GRANADINO. A esta manifestacion correspondieron oportunamente los vocales de la ciudad reunidos en junta popular, con otra en que confirmando el título de Libertador conferido a Bolívar, se le encargaba mui especialmente: "Que a nombre de todo el pueblo venezolano se manifestase a los Estados unidos de la Nueva Granada en su Congreso jeneral, por cuantos medios dictase la prudencia, no solo el reconocimiento i eterna gratitud de Venezuela por la libertad que le habia venido de sus manos, i de que se le consideraba deudora, sino sus ardientes deseos de unirse en masa de nacion a tan benemérita Republica."

Entretanto, los pasados triunfos no inspiraron a Bolívar ni un instante la necia confianza que hace entrar el ánimo en descuido. Por el contrario, en medio de ellos le ocupaba, sobre todos, el cuidado de la libertad del pais, que él veia mui poco segura todavía. Las provincias de Mérida, Barinas i Trujillo, por las cuales no habia hecho mas que pasar, se hallaban indefensas, i en sus comarcas habia poblaciones conocidamente desafectas a la causa de la independenciam. Coro, Maracaibo i Guayana, que conservaban guaruiciones españolas, amenazaban sériamente: las llaxuras estaban cruzadas en todas direcciones por partidas de realistas que mas tarde, capitaneadas por Bóves i sus secuaces, habian de reconquistar a Venezuela, i que se entregaban ya impunemente a los mayores excesos: en las tierras de occidente tambien merodeaban otros cuerpos francos; i Puerto-Cabello, en fin, subsistia aún en poder de Monteverde.

Este era el punto que Bolívar deseaba con mas razon arrancar de manos de los españoles, pues pudiendo estos de un momento a otro recibir auxilios, se hallarian en capacidad de renovar la guerra a las puertas mismas de la capital. Dispuso, pues, que Ur-

daneta con las tropas que estaban en Carácas, contramarchase a Valencia, donde, como ya se dijo, había quedado una division a cargo de Jirardot ; i él mismo, desprendiéndose de los halagos de la capital, le siguió luego para acordar el modo de poner sitio formal a Puerto-Cabello.

No bien se habian reunido los republicanos en Valencia cuando la primera columna al mando de Jirardot tomó el camino de Aguacaliente, que, cerca ya de Puerto-Cabello, era barrido por los fuegos de tres baterías formidables, construidas en la cresta de un monte i denominadas Vijias baja i alta, las dos primeras, i Mirador de Solano la de la cima. El valeroso granadino llevaba orden de despejar todo el territorio *hasta el pié de las Vijias* ; pero como ni él, ni D'Eluyar, ni Vélez, ni sus demas compatriotas gustasen de dejar incompleta la operacion, hicieron mas de lo mandado, pues se apoderaron de las Vijias a viva fuerza, obligando a sus defensores a refugiarse al Mirador. Por el camino de San Estévan, que no tenia ningun inconveniente, marchó el mismo Bolívar con la otra columna al mando de Urdaneta, hasta apoderarse de la parte de la ciudad llamada Pueblo-exterior, por que está fuera de las fortificaciones.

Tal era la situacion de las cosas cuando en la noche del 29 de agosto hicieron los enemigos una salida contra los sitiadores, poniendo al mismo tiempo en juego toda la artillería de los baluartes. No contentos los patriotas con rechazarlos, quisieron volverles alarma por alarma, i a este fin enviaron el 31 dos compañías que entrando por unos escombros, fuesen a abrir sus fuegos sobre las cortinas del Pueblo-interior, simulando un asalto. Pocos instantes despues ofrecia la plaza la imájen de un incendio, porque creyéndose los españoles sorprendidos e ignorando el punto del ataque, disparaban con increíble actividad su artillería. Esta acción temeraria costó la vida a los dos capitanes de las compañías i a mucha parte de estas, pero no fué enteramente inútil ; porque Zuazola, que mandaba el Mirador de Solano, juzgando tomada la plaza, perdió el seso i abandonó el puesto, descolgándose con los suyos por las murallas. Aperebidos de ello los soldados granadinos que estaban con Vélez en la Vijia alta, ocuparon sin demora el Mirador, persiguieron al feroz vizcaino en los montes inmediatos, i al dia siguiente (1.º de setiembre) lo hallaron e hicieron prisionero.

Todo anunciaba que este asedio, a que estuvo constantemente destinado Vélez, sin otra interrupcion que la necesaria para asistir a algunas batallas campales, debia ser largo i penoso para los patriotas. Repetíanse a menudo los combates entre sitiados i sitiadores; i sea dicho de paso, la gloria a muerte, mitigada considerablemente hasta allí, adquirió entónces la saña implacable que jamas la abandonó despues. Por otra parte, las fiebres que reinan siempre en las cercanías de Puerto-Cabello, aclaraban por momentos las filas patriotas, sin esperanzas de remplazo, porque aumentados los cuerpos francos enemigos en las llanuras de Carácas, ocupaban una parte del ejército, a tiempo que la renovacion de la guerra en occidente comprometia la seguridad de varias provincias importantes.

En tan apuradas circunstancias sobrevino otra de entidad, que agravó grandemente la penosa situacion de los patriotas. Una expedicion contra Venezuela procedente de Cádiz i compuesta de varios buques de guerra i otros de transporte con mil doscientos hombres de desembarco, que formaban el brillante rejimiento de Granada al mando del coronel Salomon, escapando de una celada que los patriotas le prepararon en la Guaira, entró en Puerto-Cabello a mediados de setiembre, sin haber recibido mayor daño.

Los sitiadores que esperaban ansiosamente el éxito de la estratagemá urdida en la Guaira, tuvieron el disgusto de ver llegar la escuadra española mucho ántes que el aviso de lo ocurrido. No habiendo pasado ellos nunca de 800 hombres, era imposible que se mantuvieran al raso haciendo frente a una fuerza encastillada i superior, que disponia de gruesa artillería i de medios de movilidad marítima. En consecuencia, Bolívar ordenó la retirada ácia Valencia el dia 17, i calculando con razon que el enemigo, envalentonado por la superioridad numérica, lo seguiria para aprovecharse de ella, maniobró de modo que la confianza que ya tenia aquel, se aumentase i saliese fuera de la cordillera a lugar donde ámbos carecieran de cañones.

Dióle este gusto el presuntuoso Monteverde, moviéndose a fines del mes con 1,600 hombres por el camino de Aguacaliento, que ya conocemos; pero mas torpe aún de lo que Bolívar se habia imaginado, dividió su jente en dos trozos, i haciendo alto con el grueso de ella en las trincheras, envió al coronel Salomon con seiscientos hombres de su vanguardia a tomar posiciones en

el cerro de Bárbula, sobre un ramal de los montes que circuyen la llanada de Valencia en que estaba acampado el ejército republicano.

Figurándose Bolívar que aquella inesplicable disposición de los contrarios encubría alguna operación temible, empleó dos días en practicar reconocimientos i en provocar al enemigo para hacerle bajar a la pampa. Por fortuna, si la prudencia obligó a Bolívar a ser lento en aprovecharse de la torpeza de Monteverde, este fué mas remiso todavía en corregirla; de manera que, al tercer día (30 de setiembre) se vió embestida la vanguardia española por dos columnas principales mandadas por Jirardot i D'Eluyar, i otra de reserva a cargo de Urdaneta. Llevando todos el arma al brazo treparon la montaña, i cargando luego a la bayoneta tras una descarga hecha a quema-ropa, pusieron en fuga a los realistas, mataron a muchos e hicieron crecido número de prisioneros. Mas, aunque gloriosa, esta victoria que Bolívar llamó siempre aciaga, fué comprada por los patriotas con una pérdida sensible por extremo en aquel i otro cualquier tiempo; pues como plantase el bizarro Jirardot con su propia mano el pabellon tricolor sobre las posiciones enemigas, un balazo en la frente le derribó sin vida al suelo.

“ Vivió para su patria un solo instante,

“ Vivió para su gloria demasiado,

“ I siempre vencedor murió triunfante.”

Tanto i tan profundamente lastimó a Bolívar la muerte prematura de aquel joven valeroso, que en un decreto de la misma fecha, haciendo la reseña de sus patrióticos servicios, ostentó el grande aprecio que había hecho de su persona i el respeto que quería se tributase a su memoria. Ordenó que todos los venezolanos llevaran luto por un mes, “ porque a Jirardot debía muy principalmente Venezuela su restablecimiento, i la Nueva Granada las victorias mas importantes.” Ordenó ademas que la familia de este benemérito oficial gozara de una pensión perpetua igual al sueldo que él tenia; que su corazon fuese llevado en pompa triunfal a Carácas i colocado en un mausoleo que debia erijirse en la iglesia metropolitana: que su nombre se inscribiese en los registros publicos como bienhechor de la patria; i en fin, que “ el cuarto batallon de linea, instrumento de sus glorias, se titulara en lo futuro el **BATALLON DE JIRARDOT.**”

A propósito de estos honores i aun realizándolos, agrega la historia de Venezuela los siguientes conceptuosos encomios: "Tanto i mas, si cabe, merecia aquel ilustre granadino, incomparable en el valor, sin igual en la obediencia, pio, humano, jeneroso. La primera vida notable que segó la muerte en el ejército republicano, fué tambien la mas hermosa i la mas llena de esperanzas."

Quisieron los granadinos ser destinados en cuerpo a la primera funcion de armas que hubiese, para vengar la sangre de su héroe compatriota. No solamente lo consintió Bolívar, sino que, como hábil en sacar partido de todo, acaloró cuanto pudo aquel noble sentimiento; para lo cual dispuso que con ellos i el número de venezolanos suficiente para completar mil hombres, marchara D'Eluyar contra los españoles; D'Eluyar, amigo, hermano de armas i digno competidor de Jirardot. Con hombres semejantes i animados de tales sentimientos, el triunfo era seguro; i en efecto, atacados los enemigos el dia 8 de octubre, fueron completamente derrotados en el sitio de las Trincheras. Monteverde, herido de una bala en la cara, corrió a encerrarse en Puerto-Cabello. El sitio se restableció, i Jirardot quedó vengado.

Fué entónces que Bolívar, reposando un instante de la inquietud que le diera la expedicion española, concedió un ascenso a los jefes i oficiales que lo habian acompañado en aquella campaña memorable: primero i merecidísimo galardón de sus fatigas. Pero el que obtuvo Vélez por las suyas, fué mayor aún. Sobre el campo mismo de Bárbula, de simple alférez o subteniente que era, se le ascendió a teniente 1.^o con grado de capitán, i a falta de oficiales superiores, se le confió el mando del batallón Jirardot. Luego recibió en testimonio de aprecio por su buen comportamiento en las Trincheras el diploma i la estrella de los Libertadores de Venezuela: orden militar instituida por Bolívar para recompensar a los jefes i oficiales mas beneméritos.

Estraño parecerá que ocupando Vélez un rango infimo en la brillante oficialidad de aquella época tempestuosa, lograra sin embargo distinguirse hasta obtener tan altas recompensas a tan tierna edad, i eso en un tiempo en que el heroísmo era tan comun. Pero ello es que lo logró, i la estrañez desaparecerá si se considera que Jirardot fué constantemente, hasta el momento de su gloriosa muerte, el inmediato comandante i amigo de Vélez; i que el ba-

tallon 4.º de la Union, “instrumento de las glorias de Jirardot”, fué siempre, ántes i despues de aquel momento aciago, el batallon de Vélez. En semejante escuela i con tal modelo que imitar, la bravura, que por otra parte le venia de raza a Vélez, era, por decirlo así, cosa natural en él.

La batalla misma de que habiamos nos ofrece de ello un ejemplo bien notable. Momentos ántes de librar la accion, Jirardot dirigió a su columna una arenga que podemos decir divinamente inspirada; pues arrebatando, al concluirta, el pabellon nacional al porta-estandarte del batallon número 4.º de la Union, exclamó entusiasmado: “¡Permitid, Dios mio, que yo plante esta bandera sobre la cima de aquel monte; i si es vuestra voluntad que yo perezca en esta empresa, dichoso moriré!” Demasiado fielmente se cumplió la piadosa invocacion. Inflamado Vélez de despecho por la muerte de Jirardot, saltó por encima de unas zanjas en persecucion de seis o siete soldados españoles. Viéndolo estos solo i en lugar en que nadie podia seguirle, volvieron rostros, encarándose con él, i en desigual combate embistiéronle furiosamente. Enardecido, mató a uno de ellos, hirió a otros i obligó a todos a rendirse.

En el boletín de la accion, concebido en el lenguaje hiperbólico a que era tan propenso el Libertador, se dijo que Vélez: “salvando las profundidades, había acometido a un tropel de enemigos con cuyos cadáveres dejó cubierto el campo”; pero él, con la modestia i veracidad que le caracterizaban, rectificó el hecho en los términos en que lo hemos descrito. Como quiera que sea, este acto i otros de indudable intrepidez ejecutados a presencia del ejército entero, le valieron sobre el campo de batalla el triple ascenso que acabamos de mencionar i el aprecio de todos sus camaradas.

IV.

Escribiríamos un libro, i no seria bastante, si intentáramos trazar el complicado cuadro de las campañas del ejército libertador de Venezuela en los últimos meses de 1813, i en los ocho primeros de 1814. Forzoso será, pues, que nos limitemos a señalar apenas uno u otro de los lances mas notables, para acompañar en seguida a nuestro compatriota Vélez en un teatro de operaciones bien distinto.

Restablecida la línea de Puerto-Cabello bajo la dirección del intrépido D'Eluyar, i figurando en ella Vélez como Ayudante mayor de la escasa pero selecta tropa que con indecibles fatigas i peligros ejecutaba el asedio, pudo Bolívar tender la vista por los varios puntos del horizonte marcial de Venezuela, muy atrevido ya i que comenzaba a desatarse en deshecha tempestad. Fijando sus ardientes miradas, ora en Coro i las aguerridas tropas que regia Cevallos, ora en Maracaibo i su numerosa guarnición; ya en el Mariscal de campo Cajigal i su abundante artillería de grueso calibre, ya en los cuerpos francos de Occidente i los esclavos sublevados que capitaneaba Rosete; sondeaba también el piélago de las llanuras, i veía salir de ellas a millares i en tropel, las bandadas de jinetes sedientos de sangre i rapiña, que, encabezados por Bóves, Yáñez i Morales, aunque cien veces derrotados, rehaciéndose fácilmente habian de volver a la carga cien veces mas.

Fuera de esto, reducido a limitados puntos de la cordillera ya exhausta de recursos, i embarazado con un sitio, sordas disensiones hijas de la ambición de mando en algunos jefes venezolanos, i tanto peores cuanto mas disimuladas, empezaban a producir en la variedad de pareceres de la oficialidad, i en la insubordinación i desaliento de la tropa, el fruto que debía temerse.

Empero, "era hombre Bolívar hecho como el fuego del cielo, para brillar en medio de las tempestades; cuanto mas desgraciado mas grande." Seguro, pues, de sí mismo, aunque, si va a decir verdad, no lo estaba del pueblo que a triunfar le ayudara; preparóse a luchar por él, i por él lidió como bueno, i venció todavía mas de una vez, teniendo siempre al lado los fieles granadinos. Acompañado por ellos triunfó de los españoles en Bijirima, donde, en pelea reñida i muy costosa para los unos i los otros, fué herido Vélez en ambas piernas al tomar por asalto una trinchera: i con ellos toruó a derrotar al enemigo en Araure, donde el batallón *sin nombre*, así llamado por componerse de los dispersos de un cuerpo que se habia dejado batir malamente en Barquisimeto, "adquirió, segun la espresion de Bolívar, nombre glorioso de *vencedores* por haberse hecho digno de combatir al lado de los granadinos." I en fin, para decirlo todo de una vez, omitiendo por abreviar otras escenas, granadinos habia también en San Mateo donde Maza ejecutó prodijios de valor, i donde Ricaurte inmortalizó su nombre i salvó el ejército con el mas sublime sacrificio.

Al mencionar en esta rápida reseña el nombre augusto de RICARTE i su gloriosa inmolucion, hagamos pausa un instante en señal de respeto i gratitud.

Mil doscientos infantes i seiscientos jinetes, con cuatro piezas de grueso calibre i algunas obras de campaña ejecutadas a la lijera, eran toda la fuerza con que Bolívar se dispuso a detener el impulso de la pujante caballeria en número de siete mil hombres que Bóves lanzó contra él en el campo de San Mateo el 25 de marzo de 1814.

Era aquel campo una hacienda propia de Bolívar, quien situando a Ricarte con el parque i unos pocos soldados en la casa alta del Injénio, i fortificándose en el vecino pueblo i demas adecuados puntos que abrazaba su línea de defensa, tendió la caballeria en las plantaciones mismas, para que cómodamente pastase de su abundante cañiaval.

Al rayar el alba de aquel memorable día empezaron a bajar de sus posiciones las espesas huestes realistas, i luego atacaron a los patriotas con grande ímpetu i espantosa vecería. Un vivo fuego de cañón i de fusil se trabó entónces por todo el largo de la línea. Bóves en persona discurriendo a caballo por los puntos de mayor peligro, animaba a los suyos, los llevaba hasta el pié de los formidables parapetos, i allí les ayudaba a escalarlos, o dirijia su puntería, o les indicaba el modo de utilizarse del terreno. Jamas se le habia visto tan diestro, tan valeroso, tan activo: su tenaz empeño demostraba que aquel día lo contaba como de muerte o de victoria. A tales esfuerzos opusieron el Libertador i sus tropas una serenidad imperturbable, contra la cual se estrellaba el movimiento enérgico pero tumultuoso de los llaneros afeitados. Ya cedian éstos al fiero estrago de tan heroica resistencia, cuando una fuerte columna enviada sigilosamente por Bóves desde la madrugada a tomar por la espalda los cerros en que los patriotas apoyaban su ala izquierda, apareciendo en las alturas i tramontándolas despues de haber burlado la vijilancia de su enemigo, subia a pasado redoblado a la casa grande del Injénio para hacerse dueño del parque.

Este incidente tan imprevisto para todos los patriotas, como para el vulgo de los realistas; este incidente, decimos, tan inminente i pavoroso, cambió esencialmente el estado de las cosas, inspirando en unos tanto brio cuanto en los otros desaliento. Un ins-

tante de incertidumbre turbó entónces el ánimo de todos, i por un movimiento involuntario i simultáneo, amigos i enemigos se volvieron a mirar el éxito de aquella terrible acometida.

Ya dijimos que en la casa del Injenio mandaba Ricaurte una pequeña fuerza incapaz de oponer larga resistencia. A poco, en efecto, reparando los realistas que los soldados republicanos bajaban el reuесто en retirada, alzaron alborzados un grito de alegría en señal de triunfo decisivo. Mas, de repente, una horri-sona explosion se dejó oír por todo el campo, i densa nube de humo cubrió a los combatientes: disipada en breve, vió Bóves que su espesa columna habia quedado reducida a pocos soldados, i a estos desatentados huyendo por la misma direcciu que ántes llevaran. Era que Ricaurte, sacrificando su noble vida por la patria, habia despedido a sus soldados i dado fuego por su mano a los pertrechos, cuando vió la casa llena de enemigos. Era que Ricaurte,

- “El único mortal que abrió su tumba
 “En el cóncavo azul del firmamento;
 “El único mortal que fué tan grande
 “Que un mundo por sepulero halló pequeño;
 “.... Quiso remontarse al infinito
 “Desde el campo triunfal de San Mateo.”

Util fué cuanto glorioso este magno hecho de heroismo, pues aterrado Bóves con la destruccion de sus tropas por aquella parte, i la que habian tenido las que en persona conducia, hizo tocar la retirada i se recojió de nuevo a sus cuarteles, dejando en el campo 800 hombres entre muertos i heridos, a tiempo que los patriotas solo tuvieron fuera de combate 93.

Dos veces todavía, en Bocachica i Carabobo o los Taguanes, brillaron nuevamente las armas de los republicanos a la luz de la victoria. Mas, perdidas para ellos las llanuras, perdida tambien gran parte de la serrania hácia occidente, escasos de pertrechos i alimentos, i acosados en todas direcciones por fuerzas enemigas de superioridad numérica abrumante, fueron completamente desbaratados en las funestas batallas de la Puerta i la Cabrera. I abandonadas al enemigo en pos de estos desastres Carácas i Valencia, indispensable fué que D^eEluyar, por su parte, levantara la línea de Puerto-Cabello, i junto con los restos del invicto ba-

tallon Jirardot, a órdenes de Vélez, que ya para entónces era Capitan efectivo con grado de Teniente Coronel, se embarcase para el Oriente de Venezuela en solicitud del Jeneral Bolívar, que con Mariffo i otros jefes habia tomado aquella direccion.

A consecuencia de las acciones de Urica, Guiria i Maturin, libradas en el Oriente de Venezuela, casi toda esta República fué sojuzgada por Bóves; i como, por otra parte, Piar i los demas caudillos que por allí habia, desconocieron la autoridad de Bolívar i decretaron su proscripcion, no quedó a éste i a los patriotas que en él confiaban, otro recurso que emigrar.

V.

Reunidos en Cartajena a fines de 1814 Bolívar, D'Eluyar, Vélez i los demas oficiales emigrados de Venezuela, marchó inmediatamente el primero al interior a dar cuenta de su conducta al Gobierno de la Union i a verse con Urdaneta, que habia aparecido por el norte de la Nueva Granada salvando algunas reliquias del ejército de Venezuela. De buena gana hubiera regresado entónces Vélez a la ciudad natal; pero invitado a tomar parte en una espedicion patriótica contra la villa de Magangué i otras poblaciones del bajo Magdalena, ocupadas por los realistas, aceptó el encargo i lo desempeñó con tal dennedo i buen éxito, que de luego a luego se le destinó al mando del batallon Tunja, estacionado en Mompos.

Con este cargo se hallaba a los diez i nueve años de edad, cuando llegó de regreso del interior el Jeneral Bolívar, conduciendo una division de 2,000 hombres que el Gobierno de la Union le habia confiado para desalojar de Santamarta a los españoles, i en la cual debia incorporarse Vélez con placer tanto mayor, quanto que en la misma division iba de soldado aspirante Tomas, su hermano menor, a quien amaba tiernamente.

No llevando consigo Bolívar mas que 500 fusiles, se detuvo en Mompos miéntras le llegaban de Cartajena las armas i pertrechos que el Gobierno habia mandado poner a su disposicion. Larga de escribir i enojosa de leer seria la relacion de las funestas disensiones entónces ocurridas con este motivo, entre Bolívar i sus tropas por una parte, i su antiguo émulo Castillo, i la guarnicion de Cartajena por otra. En cuarenta dias que estas impru-

dentes reyertas hicieron perder al ejército, tuvo éste una baja extraordinaria i consumió todos sus recursos. Pensar en seguir contra los realistas, desarmado como estaba, habria sido locura: retroceder era colocar al Gobierno jeneral en una posicion embarazosa i desairada, i renunciar tambien al grande objeto de la expedicion, que en realidad estaba destinada a entrar por Santamarta i Riohacha a Maracaibo, con el fin de emprender nuevamente la conquista de Venezuela.

En tan embarazosa situacion, convocó Bolívar una junta de guerra, i conformándose indiscretamente con el parecer de la oficialidad, se decidió a marchar sobre Cartajena, a fin de obtener, de grado o por fuerza, los auxilios i el armamento pedidos. Marchó, pues, i situándose en el cerro de la Popa con el batallon que mandaba Vélez i la demas tropa en Alcibia, comenzó las hostilidades el 27 de marzo de 1815, rechazando luego fácil i ventajosamente una salida que los cuerpos de la guarnicion hicieron el 26 de abril.

Es un hecho muy significativo del mérito de Vélez, i muy lisonjero para él, que en las posteriores conferencias para un avenimiento, el Gobierno de Cartajena propusiera sériamente: que Bolívar, separando los pocos soldados venezolanos que habia en las tropas granadinas, se llevase los primeros i dejase los segundos a órdenes del Teniente Coronel Vélez, a quien se prestarian los auxilios. Grandemente se quejó Bolívar de esta proposicion como un desacato hecho a su persona, pero sin que por ello desmereciese en su afecto la de Vélez, a quien, como a los demas granadinos camaradas suyos en las primeras campañas de Venezuela, profesó siempre amistad sincera.

Esta predileccion de Bolívar por aquellos granadinos, fué a la sazón bien correspondida por ellos. Los que estaban en la plaza manifestaron repugnancia de combatir contra su antiguo caudillo, i se les ofreció pasaporte para salir del pais; pero lejos de darlo a los que se atrevieron a pedirlo, se les encerró en los calabozos de las fortalezas. Uno de estos fué el valeroso i fiel D'Elnyar, que espulsado luego a Jamaica, pereció en un naufragio en ocasion de regresar a fines del año, para tomar parte en la defensa de la libertad moribunda de su patria.

En este estado de animosidad i desavenencia se mantuvieron las cosas por mas de un mes; pues todas las tentativas de recon-

eliliacion paraban en nuevas dificultades i embarazos, suscitados para que Bolívar dejase el mando, hasta que un buque de Curacao puso en noticia de todos los partidos la llegada de Morillo a Margarita con la expedicion española. A esta triste nueva se unió la de algunas ventajas obtenidas en la Ciénaga por los realistas, la ocupacion de Barranquilla i la mas fatal aún de Mompos, con lo cual quedó privada Cartajena de los auxilios de las provincias interiores, i estas de las comunicaciones i recursos que debian recibir por medio de aquella plaza.

Estos golpes de la adversidad, haciendo despertar a Bolívar, le inspiraron una de aquellas resoluciones dignas de su alma. Previo que la expedicion española habia de invadir muy pronto el territorio granadino, empezando por su antemural Cartajena; calculó las dificultades que su permanencia en el país opondria para la defensa; pasó un oficio al gobierno de aquella plaza exhortándole a prepararse para resistir a la agresion que amenazaba, e instándole para que emplease las tropas de su mando contra el comun enemigo, i el 3 de mayo de 1815 se embarcó solo para Jamaica, despidiéndose ántes de sus soldados con este elocuente adios: “Granadinos, venezolanos, que habeis sido mis compañeros en tantas vicisitudes i combates, de vosotros me separo para ir a vivir en la inaccion, i a no morir por la patria. Juzgad de mi dolor, i decidid si hago un sacrificio de mi corazon, de mi fortuna i de mi gloria renunciando el honor de guiaros a la victoria. La salvacion del ejército me ha impuesto esta lei: no he vacilado: vuestra existencia i la mia eran aquí incompatibles: preferí la vuestra. Vuestra salud es la mia, la de mis hermanos, la de mis amigos, la de todos, en fin, porque de vosotros depende de la República.”

El 21 de julio llegó Morillo a Santamarta, e inmediatamente envió de jefe de vanguardia al feroz Morales, para que con 2,000 hombres se internase en la provincia hasta llegar al frente de Cartajena, i cuando consideró cumplida esta comision, él mismo se presentó delante de la plaza, el 18 de agosto, con el grueso de su fuerza en número de cincuenta i seis buques de guerra i transportes, i mas de 8,000 hombres que, ántes de finalizar el mes, habian establecido completamente el bloqueo por mar i tierra.

No es necesario que hagamos aquí la descripcion de las operaciones militares ejecutadas por una i otra parte durante aquel

famoso asedio, que ocupa en la historia americana una página de oro, i que valió a Cartajena el renombre de heroica, nunca mas dignamente adquirido por ciudad alguna de la Republica. Basta para nuestro propósito decir, que en la distribucion de los puntos fortificados de la plaza, se confió a Vélez, asociado al coronel Narváez, la defensa de los muros i puerta de Santo Domingo en que habia sesenta i seis piezas de artilleria; pero luego se le trasladó al cerro de la Popa, por ser esta una posicion mas interesante i espuesta. I agregaremos, que si Morillo no tomó la ciudad a viva fuerza, fué porque no pudo; pues muchas tentativas hizo para ello. El 25 de octubre bombardeó largo tiempo la plaza, pero sin provecho: i en la noche del 11 de noviembre hizo atacar a la Popa con 800 hombres escojidos; mas, sin embargo de la desproporcion de fuerzas, fué valerosamente rechazado en tres asaltos consecutivos, i obligado al fin a retirarse con gran pérdida, siendo de advertirse que Vélez se halló en todos tres combates. En seguida atacó Morillo el Castillo del Anjel, uno de los de Boca-chica; i fué rechazado tambien, con pérdida grande.

A pesar del denuedo con que combatieron los defensores de Cartajena asi por mar como por tierra, nada pudieron contra la superioridad material del enemigo; i a fines de noviembre no sabian ya cómo resistir a los estragos del hambre. Los alimentos de toda especie se habian acabado; solo faltó que se comiese carne humana, pues a escepcion de este manjar, repugnante aún a la misma necesidad, todos los demas, por inmundos o insalubres que fuesen, se sirvieron allí en la mesa del pobre i en la del rico. Perros i caballos muertos, ratas i cueros, en tanto se podia haber a las manos para prolongar la vida algunos dias, o algunas horas siquiera, otro tanto lo devoraban los habitantes. Con semejantes alimentos no quedó persona alguna en pié; la poblacion entera se enfermó: por las calles no se veia mas que cadáveres i espectros ambulantes, que frecuentemente exhalaban el último aliento al lado de aquellos. I con todo no se alzó una sola voz para proponer capitulacion!

Este lastimoso estado se empeoraba por momentos. El 4 de diciembre llegó a 300 el número de las personas que de hambre quedaron tendidas en las calles; i en semejante situacion, perdida ya toda esperanza de que viniese de lo interior alguna fuerza en auxilio de la plaza, i de recibir provisiones de las Antillas; ocu-

pado por las tropas enemigas todo el país comprendido entre el Magdalena, el Sinú, el Cauca i el mar, creyó el Gobierno que habia llegado el caso de tomar una resolución definitiva.

La población habia declarado estar dispuesta a todo, escepto a capitular con los españoles, o volver a su dominacion. En consecuencia, el Gobernador manifestó que habia prontos once buques, entre bergantines i goletas, para recibir a todos los que pudieran embarcarse, i quisiesen correr el riesgo de abrirse paso por en medio de la escuadra i de las baterías enemigas. Mas de dos mil personas, es decir, todos los que pudieron levantarse de sus lechos, acudieron a bordo de aquellas embarcaciones, última esperanza de su valor. Suéltan las velas, i haciendo rumbo a Boca-chica en medio del vivo fuego que hacia al enemigo, recojen a los que de aquella guarnicion se hallaban en estado de moverse; rompen en seguida por entre la escuadra española, i con sus mujeres, sus hijos i sus mas preciosos efectos, se van en busca de un asilo que los preserve de la dominacion peninsular!

Entre esos emigrados, i mandando los fuegos de una de las embarcaciones que abrieron el paso a las demas; iba Vélez con su hermano menor.

VI.

El 10 de diciembre de 1815 seria cuando una goleta de mediano porte, blandamente impulsada por la fresca brisa del Sud-Este, se aproximaba a las riberas meridionales de la isla de Jamaica, haciendo rumbo a la embocadura de Black-River. Sobre las pintorescas vegas de este rio se divisaban ya las rojas techumbres i blancos muros de una pequena aldea, i cercanas a ella la vistosa hojarasca i arboledas de un gran cafetal de cuyo verde fondo se destacaba la habitacion del magnate del lugar.

Cara de ciento ochenta pasajeros irian en este buque, curiosos unos por conocer la tierra estrana a que se acercaban, indiferentes i marcados con el ceño de la desesperacion los mas; macilentos i agostados por los rigores del pasado sitio, todos. Habia en los abigarrados grupos que discurrían por la cubierta, hombres de razas i lengua diferentes: franceses que tomaron parte en la defensa de Cartajena, aunque en corto número; ingleses de las Antillas, que formaban la tripulacion, i eran pocos tambien; i en fin, venezolanos i granadinos de todo estado i condicion.

Entre estos últimos iban arrimados en aquel momento a la proa, Vélez i su desfalleciente hermano Tomas. Aquel acababa de quitarse la casaca, i desnudándose tambien de la camisa, preparábase a lavarla para presentarse en tierra con algun aseo, en tanto que su compañero, demasiado lánguido para imitarlo en tal operacion, o méuos acostumbrado que él a las penalidades i arbitrios de una vida aventurera, observaba melancólicamente desde su punto de apoyo sobre la obra muerta del bajel, a los marineros que presurosos disponian cables i ancla para fondear.

A poco vióse partir de la ribera i encaminarse hácia el buque una falúa conduciendo jente uniformada, presidida por el Juez de paz del lugar, anciano de semblante respetable i dueño, segun despues se supo, de la hacienda contigua. El aspecto patibulario de algunas de las personas que halló a bordo, i la mala traza de todas ellas, infundieron desconfianza al Juez; i habiendo sabido alli mismo, por denuncia de un pasajero agraviado con el capitan, que éste estaba comprometido con Vélez para calafetear de nuevo el buque, armarlo mejor en corso, i dirigirse otra vez a la Costa-firme, el Juez ordenó que todos sabiesen de él inmediatamente, i despues de ejecutada esta órden por su jente, con alguna precipitacion, declaró embargada la goleta i resolvió que fuese conducida a Kingston a disposicion del Gobernador de la isla.

Casi todos los pasajeros tomaron el camino de Spanish-Town, que era entre las poblaciones inmediatas la mas importante; otros se dirijieron a la aldea vecina, i en fin, todos se dispersaron, tomando cada cual por donde pudo o le pareció mejor. A la caída del sol solamente quedaban en la playa dos, que no sabian qué partido tomar, i eran Vélez i su hermano Tomas. Buscando para este el reposo que su estado delicado demandaba, sentáronse ámbos sobre el casco abandonado de un viejo bote que estaba en seco. La soledad de aquella playa desierta: la amortiguada luz crepuscular precursora de la noche: el jemido del viento i el monótono batir de las olas que se estrellaban contra la ribera rocallosa, todo, todo predisponia a la tristeza. I si a esto se agrega el recuerdo de la patria esclavizada, la imájen de la familia ausente i en peligro, la ruina de los proyectos mas queridos i de las mas caras esperanzas, i en fin, la idea del desamparo i de la penuria en pais extraño, con su espantoso cortejo de humillaciones i sufrimientos, podrá formarse concepto de la congoja del uno de estos jóvenes, i de la profunda melancolia del otro.

En tan lastimoso estado se hallaban, cuando regresando el Juez de paz para su hacienda, acertó a pasar cerca de ellos, i oyendo los entrecortados sollozos del menor de los dos jóvenes, se detuvo, i compadecido, fijó en ámbos la vista.

Estatura ménos que mediana, pero tan bien conformada i garbosa, que nadie hubiera querido agregarle una pulgada; blanca i delicada tez, grandes i espresivos ojos azules de andaz mirar, despejada frente i aguileña nariz, fueron los principales caractéres que el extranjero notó en el mayor de estos jóvenes; el menor no llamaba la atencion sino por su aire de mansedumbre i estenuacion. Ni uno ni otro conocian otra lengua que la nativa.

Despues de haberlos contemplado en silencio por algunos instantes, Mr. James, que así se llamaba el Juez, se acercó a ellos, i dirijiéndose en español al de mas edad, le preguntó cuál era su nombre, patria i rango en el ejército, i con qué recursos contaba para subsistir en aquel pais.

Contestóle Vélez con desembarazo, acerca de los tres primeros puntos, pero no de mui buena voluntad, pues le causaba enfado la presencia de su interlocutor; i en cuanto a la última pregunta, respondióle que sus recursos, despues del embargo del buque que pertenecia a su nacion, i en el cual se habia propuesto seguir lidiando por ella, eran ya nulos; pues no tenia ni ochavo en el bolsillo, ni camisa sobre la piel, habiendo perdido en el alboroto del embargo la única que le quedaba, gracias a tan injusto atropellamiento.

Mr. James se sonrió al oír decir que aquel joven casi imberbe fuere teniente coronel de ejército, pero escuchó en calma sus convenciones, i al cabo de corto espacio de conversacion, invitó cordialmente a los desconocidos a que se hospedasen en su casa. Allí fueron acojidos i agasajados, así por él como por su esposa, con tal afabilidad, que en breves dias, repuestos ya de los estragos del hambre i las fatigas del sitio, se sintieron perfectamente a sus anchas bajo aquel techo hospitalario, sin otro cuidado que el de las desgracias de la patria, ni otro descao que el de tornar a combatir por su libertad.

Mr. James, que era hombre en extremo benévolo, i careciendo de familia habia concebido el pensamiento de adoptar por hijos a estos jóvenes, procuraba disuadirlos de semejantes ideas, representándoles la emancipacion de América como una empre-

sa quimérica, i supina. La ignorancia e incapacidad de estos pueblos para gobernarse. Otras veces, variando de tema i apelando a consideraciones de otro orden, les manifestaba que él estaba viejo i necesitaba de personas de su confianza que vicieran por sus intereses; que ellos podian prestarle este servicio, i hacerse así mas aptos para manejar la hacienda cuando entrasen en posesion de ella como herederos suyos i de su esposa, que estaba tambien muy entrada en años i tomaba parte fervorosa en estas amables instancias.

Entre tanto corria rápido i sereno el tiempo para Vélez i su hermano, acibarado únicamente por el recuerdo de la patria i sus dolencias: las noticias que de tarde en tarde recibian de Nueva Granada i Venezuela, cerraban la puerta a toda esperanza de una próxima reaccion; pero Vélez no cesaba de suspirar por ella. De repente, con motivo de haberse recibido en aquel rotiro, aunque con mucho atraso, la noticia de la ruidosa tentativa de asesinato perpetrada en Kingston contra Bolívar, supo Vélez que este antiguo jefe i amigo suyo estaba o se habia hallado en aquella plaza, i luego al punto quiso ir a reunirsele. En vano se opuso James a este proyecto; lo único que pudo conseguir fué que Vélez le prometiera regresar prontamente si no encontraba en Kingston a Bolívar, i que le aceptara letras por dos mil quinientos pesos pagaderos allí. Con esto, i dejando a su hermano Tomas en Black-River, donde pocos meses despues murió, partió Vélez en busca del Libertador. No lo halló en Kingston, pero noticioso de que habia pasado a los Cayos de San Luis, redujo a dinero sonante sus letras, i voló a juntarse con él.

En los Cayos tuvo en efecto Vélez la satisfaccion de encontrar a Bolívar en los primeros dias de marzo de 1816, i la de ser admitido con el carácter de teniente-coronel efectivo i comandante del batallon Jirardot, en la expedicion que se preparaba, que tan famosa llegó a ser en nuestros fastos militares, i a la cual cooperó Vélez desde entónces con el dinero que llevaba i entregó gratuitamente, i despues con su persona espuesta a mil penalidades i peligros, i su sangre derramada en mas de un campo de batalla.

VII.

El nombre del Libertador i el de los jefes que lo acompañaban era lo que hacia formidable la expedicion de los Cayos; no su

fuerza i número, pues solamente constaba de siete goletas mercantes armadas en guerra, 250 hombres de desembarco, la mayor parte oficiales, un parque sin piezas, i muchos fusiles. Iban sin embargo en ella (i esto, repetimos, era lo que la hacia valer) ademas de Bolívar que la mandaba con el título de Capitán-jeneral de los ejércitos de Nueva Granada i Venezuela, Luis Brion como Comandante de la escuadrilla: Mariño i Soubllette como Jefes del Estado-Mayor: Pedro Briceño Méndez como Secretario: Francisco Añtonio Zea como Intendente: Piar, MacGregor, Vélez, Martín i otros jefes tambien con títulos sonoros, pero huecos en realidad, pues solo había de positivo el armamento i cuadros de oficiales necesarios para improvisar algunos cuerpos, tan pronto como pudiesen, por sorpresa, sentar pié en tierra colombiana.

Tales eran los recursos con que ese puñado de patriotas contaba para medirse nuevamente con los españoles en el momento que estos, dueños ya de Venezuela, i sin otro cuidado que el de la sublevacion de la isla de Margarita, conquistaban de sobresalto a la Nueva Granada, i conservaban aún intacto en una i otra tierra el mas brillante i numeroso ejército que hubiese visto América.

Hoi que tenemos patria, república i libertad; hoi que gozamos de paz i prosperidad, i solo de nuestras pasiones tenemos que temer; no es fácil que concibamos en toda su magnitud el cúmulo de dificultades que se oponian a tan extraordinaria empresa. Distancias inmensas i sin caminos: llanuras malsanas, anegadizas e intransitables: bosques espesos i empinadas montañas: rios i torrentes sin puentes por lo comun: escasa poblacion, ignorante, i parte de ella enemiga: contrarios pujantes, implacables, activos: para estos los recursos de dentro i fuera: para aquellos las estrecheces, la desnudez, el hambre, la miseria. Medítese todo esto con detencion, resuérdesese lo que esos hombres hicieron, i habrá de conocerse que jamas suma igual de embarazos se habia opuesto a ningun proyecto semejante: que jamas tuvo empresa alguna ménos medios de defensa i de resguardo; i finalmente, que nunca la constancia fué probada en sucesion mas larga de victorias i reveses.

En ese grupo de héroes, sin ceder a ninguno en desprendimiento, constancia i valentía, vamos a ver a Vélez desde que se

disparó el primero fusilazo republicano, hasta que se plegó la última bandera española. Digno sucesor de Jirardot, entre tantos hombres valerosos, ninguno mas valiente que él; entre tantos patriotas acendrados, ninguno mas puro, ninguno mas desinteresado que él.

Listo ya todo, la escuadrilla republicana se dió a la vela abandonando las playas de Haití el 30 de marzo de 1816, i despues de una breve detencion en la isla dinamarquesa de Santa Cruz, avistó en 1.º de mayo las costas de la isla de Margarita i los buques de guerra españoles que la bloqueaban. El dia 3 la escuadrilla enemiga, fuerte de 47 cañones, trabó combate con la escuadrilla de los patriotas, i fué completamente vencida, quedando en poder de estos el bergantín Intrépido i la goleta Ríta. En este combate naval tuvo una parte principal Vélez, por haberle cabido la honra de sostener lo mas vivo del fuego, como jefe de la fuerza que iba a bordo de la goleta Decatur.

Despues de esta primera ventaja, quedando encargada la defensa de la isla al denuado tan conocido de sus hijos, Bolívar signió inmediatamente a tierra firme a allegar tropas, i aproximándose con tal designio a Carúpano, intimó rendicion al comandante de la plaza; este quiso tentar la suerte de las armas, se libró el asalto, i fué vencido a poco esfuerzo.

Dixadas en Carúpano las providencias necesarias para aumentar su fuerza, o sea mas bien para crearla i organizarla, queria Bolívar trasladar el núcleo de ella con el mismo objeto a Ocunare, punto de la costa a barlovento de Puerto-Cabello; pero para el buen éxito de esta operacion era indispensable apoderarse de Rio-Caribe, poblacion litoral i cabecera del canton del mismo nombre, situada entre Carúpano i Ocunare, i ocupada a la sazón por el comandante español Payares con 300 hombres i 4 piezas de a 5. La empresa era de instante urgencia, i poca la jente de que el Libertador podia disponer; era, pues, necesario confiar esta comision a un jefe sagaz i atrevido, i Vélez fué encargado de ejecutarla.

La órden que se le dió a la voz no podia ser mas precisa: "Vaya U., Vélez, le dijo el Libertador, embárguese en una goleta con los ocho oficiales del cuadro que manda: pase a Rio-Caribe, tómelo, i forme allí su batallon." El almirante Brion que debia mandar alistar la goleta, le observó a Vélez al tiempo

de comunicarle este la resolcion del Libertador: “Que el Jeneral Bolívar seguramente ignoraria que el comandante Payares, de los españoles, estaba en Rio-Caribe con trescientos hombres;” i volviéndose con Vélez donde el Libertador, le hizo la misma manifestacion. “Eso nada importa,” fué la respuesta de Bolívar; i luego agregó: “De los Cayos de San Luis hemos salido solo en número de trescientos hombres a libertar a todo Venezuela. Los godos no resistirán en Rio-Caribe; esto seguro de que al aproximarse Vélez, abandonarán el pueblo.” I como el almirante, que por cierto no era hombre tímido, insistiese en que aquella operacion era temeraria; el Jeneral Bolívar, dirijiéndose a Vélez, le dijo: “Vaya U, Vélez, a cumplir su comision; obre U. como acostumbra, i luego que U. haya desembarcado, devuélvame la goleta, porque aquí nos hace falta.”

El almirante salió entónces algo molesto, murmurando de aquella determinacion; dió algunas instrucciones que le pidió Vélez, sobre la topografia i demas circunstancias del pueblo de Rio-Caribe, que aquel no conocia; preparó la goleta, i en ella se embarcó Vélez, resuelto a ir a triunfar o percer; i solamente cuando ya se avistó a Rio-Caribe, impuso a sus oficiales de la comision que tenian que desempeñar con él. Eran estos: el capitán Araos, granadino, que despues murió en la batalla del cerro de los Aguacates en Ocumare; el coronel Flóres, tambien granadino, i que entónces era ayudante mayor; Enrique Domínguez, i Jerónimo Pompa i Landaeta, que hoi ejerce la medicina en Caracas, su país natal. De los otros cuatro no tenemos noticia alguna, a no ser que se considere como tal la de haber muerto tambien uno de ellos en la batalla de los Aguacates, al mismo tiempo que el capitán Araos.

Luego que estuvieron próximos al punto de desembarco, dió orden Vélez al capitán de la goleta para que hiciese fuego por elevacion sobre el pueblo, a bala rasa i palanqueta, con el cañon de coliza que habia a bordo; en tanto que él con los ocho oficiales armados todos de fusil, sin mas jente ni apoyo, se dirjia a la playa en un bote pequeño, desembarcaba en ella, i marchaba sobre el pueblo por entre unos cocotales, haciendo fuego granadeo i gritando a cada paso: “¡Viva la patria! viva la libertad!”

La prediccion de Bolívar se realizó, pero no contribuyó poco a ello la intrepidez i maña con que Vélez ejecutó su azarosa co-

mision ; pues en efecto, valiéndonos de la recomendacion oficial que luego se hizo de esta distinguida accion : “Un valor superior a la entidad de la comision que en Carúpano recibió Vélez del Libertador, era preciso para llenarla tan cumplidamente ; atacar con ocho oficiales a trescientos hombres fortificados con algunas piezas de artilleria, es la leccion de valor i disciplina mejor que puedo presentarse, i derrotarlos, el hecho de armas mas sorprendente e inimitable que puede referirse.”

Vélez estimó exajerado este encomio, i con su acostumbrada sinceridad i bonhomia, solia decir, cuando de ello se le hablaba : “Yo no los derroté, ellos se derrotaron ;” pero la verdad es, que sin la audacia i serenidad de Vélez i de sus compañeros, los españoles de Rio-Caribe “no se habrian derrotado.” Alguna resistencia hicieron, i no fué sin grave peligro de morir acerbillados a balazos, que los patriotas, introduciéndose por la calle principal del pueblo, lograron penetrar en la plaza, apoderarse de los cañones, dispersar la soldadesca i hacerle algunos prisioneros : el jefe se habia puesto en salvo desde temprano, abandonando el puesto a los primeros tiros.

Esta atrevida operacion fué muy favorable a los patriotas, no solo porque Vélez levantase en Rio-Caribe su batallon, como de hecho sucedió en pocos dias ; sino porque ademas, bien distantes los españoles de suponer que ella hubiese sido obra de la presuncion o la locura, se formaron un concepto exajerado de las fuerzas de Bolívar, i se abstuvieron de atacarlo, como les hubiera sido fácil hacerlo, echándole encima la numerosa guarnicion de Cumaná. Cuando quisieron intentarlo, ya era demasiado tarde : habia levantado el campamento, haciéndose a la vela de Carúpano para Ocumare.

VIII

El plan de Bolívar cuando zarpó de Carúpano, era hacer una invasion en la provincia de Carácas, aprovechando la coyuntura de estar el general Morillo en la Nueva Granada con la mayor parte del ejército espedicionario, i de hallarse las fuerzas que habian quedado en Venezuela distribuidas en varias guarniciones distantes entre si. Fué con este objeto que desembarcó sus tropas en el puerto de Ocumare, que dista poco mas de dos millas de la villa del mismo nombre, situada en un valle fertilisimo i frondoso,

formado por el río en cuyas vegas está plantada la población. I apénas acababa de ser esta ocupada por las tropas republicanas el día 6 de julio de 1816, cuando se dió principio a la operacion proyectada, destacando una parte de ellas ácia los valles de Aragua. Mas habiéndose sabido en el tránsito que Moráles (enviado desde Ocaña por Morillo, cuando este supo el levantamiento de Margarita) habia llegado a Valencia con mas de mil hombres de linea, i que en Carácas habia otros tantos; la fuerza destacada por los patriotas hubo de replegarse inmediatamente a la cumbre de los Aguacates, en donde se le reunió Bolívar con algunos de los cuerpos que habian quedado en Ocumare, i entre ellos el batallón Jirardot, mandado por Vélez, pero que, como los demas, se componia en su mayor parte de jentá colecticia, aunque algo disciplinada.

El Jeneral Moráles, que ya estaba en marcha contra los patriotas, reconoció el día 12 sus posiciones, limitándose a escaramuzas de guerrillas; pero aumentadas sus tropas el 13 con 300 soldados mas, se dirigió por la noche sobre los republicanos, con ánimo de atacarlos en forma. El choque fué violento, la ventaja largo tiempo incierta, oponiendo los patriotas al número, al valor de la desesperacion: Vélez recibió una herida ligera de bayoneta en el hombro, perdió dos oficiales i cuarenta soldados, i por este tenor sufrieron los demas cuerpos. Al fin fué necesario emprender la retirada, que se hizo en buen orden i sin que el enemigo persiguiera, por lo cual se llevó a los heridos hasta Ocumare.

En la villa de Ocumare hizo alto el ejército, si acaso puede darse este nombre a tan poca jentá; i allí se juntaron de prisa en consejo de guerra todos los jefes para resolver el partido que hubiera de tomarse en semejante emergencia.

Pocas veces se habian visto los patriotas en mas dñro aprieto: derrotados, escasos de tropa, i teniendo al frente un enemigo formidable. Podian reembarcarse; pero ¿a dónde irian? El Oriente estaba ya en alarma, Guayana prevenido: la toma de Maracaibo no era empresa para su fuerza i buques. Coro se hallaba desguarnecido; pero la población era hostil a los republicanos, i lo que a estos convenia era poner el pié en tierra amiga. Carácas era esa tierra, en ella estaban, i sin embargo se hacia preciso i urgente abandonarla.

Juntóse, pues, como dijimos, un consejo de guerra en Ocuma-

re, i aunque atendidos los peligros i dificultades que habia que superar, parecía el acuerdo del consejo un delirio, unánimemente resolvieron los jefes marchar a Choroni, reunirse al comandante Píñango, que organizaba allí un batallón con reclutas de la comarca, bajar al valle de Onoto i seguir a los llanos en demanda de los cuerpos de caballería de Monágas i Zaraza, esperanzados también quizás en que, por ventura, se les reunirían Piar i Mariño, que desde Carúpano habian sido despachados a organizar fuerzas en distintos puntos.

Bolívar aprobó, como era natural, este plan, pues aunque atrevido, era bueno; i además de esto, no habia otro que adoptar. Deseoso, pues, de remover el primero de los embarazos que se oponian a la pronta ejecucion del proyecto, salió de la villa de Ocumare i pasó al vecino puerto del mismo nombre, para salvar inmediatamente a bordo de dos buques mercantes i uno de guerra que estaban allí al mando del francés Villaret, un parque cuantioso, una imprenta i otros objetos importantes, cuyo reembarque era tan necesario como urgente.

Entre tanto, i siendo ya, poco mas o ménos, las seis de la tarde, llegó Moráles con sus tropas al Peladero, posicion distante de Ocumare como tres leguas, o hizo alto con demostraciones de pasar allí la noche. Determinaron entónces los patriotas emprender a las ocho la retirada ya resuelta, i enviaron aviso de ello al Jeneral en jefe, con un oficial que, bien por aturdimiento, o por malicia, llevó el alarma a la playa, anunciando que los enemigos estaban entrando en Ocumare, i las tropas republicanas en repliegue formal i apresurado.

Al oír tan malas nuevas, Villaret, sin mas ni mas picó anclas i se puso a la vela con los dos bajeles mercantes, dejando abandonado en la playa gran número de fusiles i pertrechos. El Libertador también, instado por una parte por el Coronel Salom, i juzgando por otra imposible su incorporacion a las tropas, se embarcó en el buque de guerra para seguir a Villaret, i solo a fines del año logró volver a verse en Barcelona con sus compañeros de expedicion.

Las personas que no pudieron ganar las embarcaciones que se llevaba al francés, i otras que no cupieron en la nave armada en que se embarcó Bolívar, llegaron a Ocumare i pusieron en conocimiento de los jefes el desórden ocurrido. Estos enviaron

inmediatamente otro emisario para desmentir las noticias del primero i anunciar que la division aguardaria a los dispersos hasta las nueve de la noche. Reuniórase en efecto a ella el coronel Salom con algunos soldados; i en llegando la hora prefijada, se emprendió la marcha, quedando los heridos abandonados por necesidad a la crueldad del vencedor, porque la operacion exijia una rapidez extraordinaria, i andaban tan escasas las caballerías, que cada soldado llevaba ademas de la mochila i el fusil, el enorme peso de doscientos cartuchos.

Así principió esa retirada inmortal en que cuatrocientos guerreros, comparables solamente a los diez mil griegos de la antigüedad, atravesando vastas rejiones ocupadas por el enemigo i abriéndose paso con el filo de la espada, lograron, por fin, reunirse en Barcelona al resto del ejército independiente. A ese escuadron sagrado perteneció Vélez: i como si la corona de laurel que ceñía sus juveniles sienes, no fuera de styo suficientemente inmarcesible, desde este punto se abre para él, en cinco años de campañas i de prisiones, una nueva i gloriosa série de patrióticos merecimientos.

IX.

Hemos visto que la retirada de Ocumare ácia los llanos tenía por objeto salvar los restos de la division republicana que combatió en el cerro de los Aguacates, i reunir los cuerpos francos de patriotas que obraban desparramados en un inmenso territorio, por el cual ora preciso penetrar rompiendo fuerzas enemigas de mucha consideracion. Sepamos, pues, cómo se ejecutó este movimiento en que el número de que los patriotas carecian, debía suplirse con una audacia sin igual.

Puestas en marcha las tropas republicanas en la noche del 14 de julio de 1816, discutieron los jefes sin aflojar el paso, a quién confiarían el mando de la division; pues ninguno de ellos ocupaba un alto rango en la milicia, a tiempo que la próxima reunion con los caudillos de las llanuras (celozos en extremo del mando i de la autoridad) exijia que a la cabeza de aquella tropa fuese un hombre que tuviese la elevada categoria de jeneral del ejército, para imponer respeto i mantener reunidos i obedientes a los llaneros. Elijóse para el efecto al escocés Mac-Gregor, a quien encontraron al dia siguiente en Cata, i que rennia a la graduacion necesaria, eminentes virtudes militares.

Hecho esto mientras que Moráles se entretenia en recoger los despojos abandonados en la playa de Ocamare, los patriotas siguieron su camino tranquilamente por la vía de Choroni, en donde se les incorporó el comandante Piñango con sus reclutas; i luego bajaron todos juntos al valle de Onoto. Aquí encontraron una columna realista que formada en batalla intentó cerrarles el paso, pero fué completamente arrollada sobre la marcha, con no poca pérdida de su parte en muertos, heridos i prisioneros, i con la circunstancia especial, digna de mención en este escrito, de haber sido el batallón Jiradot, que llevaba la vanguardia encabezado por Vélez, el primero en romper a la bayoneta la línea enemiga.

Después de este triunfo continuaron los patriotas su marcha por el camino que conduce a los valles de Aragua, penetraron luego en la montaña de Güere, i esa noche, como otras muchas, acamparon al raso. A la mañana siguiente derrotaron un cuerpo de húsares que se les puso de frente, i entrando en la Victoria supieron con indecible júbilo la guerra que hacian a los españoles los patriotas de Apure i Casanare.

Cobrando con noticia tan plausible nuevos bríos, contentos ya i llenos de esperanza, salieron por el fragoso camino del Hato i pernoctaron en la hacienda de Santa Rosa, disminuyéndose algun tanto en aquella casa amiga su alborozo, al imponerse de la completa ocupacion de la Nueva Granada por Morillo, i de que este jeneral con el todo o buena parte de su ejército volvia sobre Venezuela por las llanuras de Casanare i Apure.

Desde el Hato de Santa Rosa, siguiendo las aguas del rio Paco, llegaron los patriotas a San Sebastian de los Reyes, en donde a poco esfuerzo dispersaron las tropas realistas que tenia a su cargo el comandante Rosete; i continuando luego su movimiento por San Francisco de Cara i Camatagua, atravesaron el rio Orituco por el pasaje llamado del Arbolito. En este punto deliberaron si convendria seguir rectamente a Santa Maria de Ipire, en donde se prometian hallar algunos de los cuerpos francos de Zaraza, o si seria preferible apoderarse de la villa de Chagaaramas en que habia un fuerte destacamento de tropas españolas, atrincherado en dos de las principales casas de la plaza. El jeneral apoyó este último parecer, i por consiguiente fué el que prevaleció.

Marchando al trote i con cautela quizás hubiera sido posible cojer desprevenidos a los españoles de Chaguaramas, pues el jefe de la plaza ignoraba que los patriotas estuviesen tan inmediatos; pero por un descuido inconcebible, o sea mas bien por juvenil presuncion, el oficial que llevaba la descubierta de caballería hizo tocar marcha al clarin. En vano corrió la infantería para reparar aquel acto de atolondramiento: los españoles estaban ya en las casas fuertes, i allí el rendirlos no era empresa del momento.

En efecto, aunque los patriotas bloquearon en Chaguaramas al destacamento español, i aunque se apoderaron del resto del pueblo, los asaltos que dieron a los edificios fortificados no produjeron otro resultado que una baja de ochenta hombres i la quema inútil de diez mil cartuchos. Sin embargo, una ventaja de consideracion se consiguió en Chaguaramas, segun la opinion del general, i fué la incorporacion del comandante Basilio Belisario; i otra tambien se obtuvo, superior a aquella en concepto de la tropa que hacia dias no fumaba, i fué la libertad de repartirse las existencias en especie del estanco de tabaco.

Sabíase ya que aquella demora habia hecho ganar algunas marchas a Morales i a las fuerzas que con él venian en persecucion de los patriotas; pero tan fatigados i rendidos de hambre estaban estos, que el dia de su salida de Chaguaramas no pudieron hacer larga jornada, i aun al siguiente acamparon a cuatro leguas de distancia sin que se diese de comer a los soldados.

Empero, penalidades eran estas harto comunes en aquel tiempo, i lo fueron igualmente en todo el curso de la guerra. Faltan en verdad palabras con qué pintar los sufrimientos del ejército i elojiar debidamente sus virtudes, no solo en aquella época, sino tambien en las posteriores, no solo en Venezuela, sino tambien en el centro i sur del territorio colombiano. Todo faltaba entónces al oficial i al soldado, siendo así que no recibian uno i otro sino carne sin sal i sin pan, armas, pólvora i proyectiles. Casi siempre acamparon al raso, ora inundase un invierno rigoroso las llanuras i los valles, ora los abrasase el sol de los trópicos. Allí jamas usó el soldado de zapato, ni se cubrió sino escasamente. El oficial, sometido al mismo réjimen, marchaba de ordinario a pié, llevando su saco a las espaldas, i viviendo de los azares de la guerra. No se pagaba el sueldo, ni habia, propiamente hablando,

hospitales. I con todò, aquellos hombres heróicos, entregados a los horrores de la desnudez, del hambre i de la guerra a muerte, ni se enervaron con el sentimiento doloroso de sus necesidades, ni rehusaron nunca marchar contra el enemigo, ni jamas conspiraron. Dóciles, valerosos i constantes, combatian i esperaban en silencio. ¡Gloria a sus nombres venerables! ¡gratitud eterna a su memoria!

No pensaban entónces los de Ocumare en el galardón: pensaban solamente en pelear, vencer o morir. El 1.º de agosto continuó, pues, el movimiento, i por la tarde acamparon los patriotas en el sitio del Socorro, lugar en el cual se les reunió el intrépido comandante Julian Infante con ochenta jinetes. Mui temprano en la mañana del 2 se puso en marcha la infantería, quedando a retaguardia en el mismo sitio del Socorro la caballería, para proteger el paso de la Quebrada-honda, terreno áspero i barrancoso cuyo tránsito requería precauciones.

Apénas aclaraba el dia cuando se descubrió una columna enemiga de 1,200 hombres, que al mando del tráfuga venezolano Juan Nepomuceno Quero, iban a paso acelerado sobre los patriotas. Por mas que estos activaron su marcha, fué alcanzada i atropellada la retaguardia en el pasaje de la quebrada. Mac-Gregor se hallaba distante de aquel sitio, porque no permitiéndole el estado de su salud caminar al paso de una tropa en retirada, se habia adelantado desde mui temprano. El peligro, sin embargo, grande i comun, inspiró a todos; i Soublotte, hecho cargo del mando, dirijió de prisa i con acierto los preparativos del combate. Fué el éxito de éste dichoso en extremo para los patriotas; porque a pesar de la confusion que hubo al principio por lo brusco del ataque, el nombre de Quero, despreciado por los republicanos, corrió de fila en fila excitando al ardor de los soldados: i en aquella ocasion debió en mucha parte el traidor, al sentimiento que inspiraba, la terrible leccion de una sangrienta derrota. Los patriotas tuvieron mui pocos muertos i heridos; pero entre aquellos se contaba al bizarro comandante Francisco Piñango, i entre estos a nuestro compatriota Vélez, que, como suele decirse, escapó milagrosamente, lastimado en el pecho por una contusion de bala hacia la tetilla izquierda.

Logrado el objeto de rechazar al enemigo, no se entretuvieron los patriotas en perseguirlo; ántes aprovechando el resto del

dia continuaron su marcha a Santa Maria de Ipire, i al siguiente llegaron a San Diego de Cabrutica, punto que se escogió como el mas a propósito para reunir las partidas de Zaraza i Monágas, i tambien para mejorar el personal i material de la infantería.

En San Diego de Cabrutica permanecieron los patriotas algunos dias, hasta que, logrado felizmente el doble objeto que se habian propuesto, emprendieron marcha a principios de setiembre ácia la villa de Aragua, donde estaba situada una division española al mando del coronel Rafael López. Mas habiendo sabido en el tránsito los patriotas que las fuerzas enemigas se movian en su demanda, determinaron suspender la marcha i buscar una posicion favorable para aguardarlas.

Elijíase para campo de batalla el sitio de los Alacranes, que es una llanura no muy distante del pueblo del Chaparro, i sembrada a trechos de colinas que rodean el ocajo del mar: en la suave pendiente de una de ellas acampó el ejército, formado desde luego en el orden en que debia combatir. La derecha se confió a Monágas con su brigada de caballería, la izquierda a Zaraza con la suya, i el centro fué ocupado por la infantería, que para entónces pasaba ya de 600 hombres: rejíanla los jefes de batallones, i era considerada como la fuerza que directamente mandaba el jeneral Mac-Gregor.

En esta formacion se pasó la noche sin novedad; pero al siguiente dia muy temprano (6 de setiembre) se descubrió al enemigo en el pueblo del Chaparro; luego se le vió poner en marcha, i ánces de medio dia asomó en una colina paralela a la que ocupaban los patriotas, i separada de esta por una suave undulacion cubierta de un matorral no muy espeso.

Teniendo los patriotas la ventaja de estar situados de antemano i en orden de batalla, pudieron muy bien impedir al enemigo su despliegue i formacion; pero de propósito no quisieron hacerlo, i le dejaron llegar, colocar i estender su línea de un modo semejante a la suya. I todavía llegó a mas la condescendencia de los patriotas, pues consintieron que los españoles montasen dos piezas de a 4 que conducian sobre acémilas, sin que entretanto se hiciesen por los combatientes otras demostraciones hostiles que algunas escaramuzas de tropas ligeras en el comedio de sus posiciones, que apénas distaban entre sí de 500 a 600 varas.

Al fin dió orden Mac-Gregor de marchar de frente con el

arma al brazo i sin disparar un tiro; lo cual ejecutaron los republicanos con mucha regularidad, aunque lentamente, para conservar la alineacion. Este movimiento igual al que otra vez emplearon en Araure, tuvo aquí el mismo resultado. Los cazadores enemigos se reunieron a su infantería, i esta, abriendo entónces sus fuegos sobre las hileras republicanas, las esperó a pié firme; pero fué para morir. Porque cargada a la bayoneta i envuelta por sus flancos a causa de la derrota de la caballería de ámbas alas, casi toda la infantería pereció con sus jefes i oficiales: apénas ochenta o noventa hombres se hicieron prisioneros.

Tal fué la famosa batalla de Alacranes, en que Vélez recibió una herida de arma blanca en el brazo izquierdo, en el momento mismo en que conducia su batallon a la victoria, gritándole: “¡A la carga, Jirardot: el triunfo es nuestro!” I allí alcanzó tambien, salvando la vida a los prisioneros, un timbre aun mas glorioso: instando, porfiando i reconviniendo con fogosidad, obtuvo que la pena de muerte a que estaban condenados, se les conmutase en la de servir en su batallon, en el cual fueron en consecuencia incorporados.

Del campo mismo de la batalla de Alacranes marcharon victoriosos los republicanos sobre Barcelona, la ocuparon el dia 13, i se pusieron en comunicacion con las tropas de Arismendi en Margarita i con las de Piar en Cumaná. Al propio tiempo despacharon a Zea a las Antillas, para que buscasc a Bolívar que andaba por aquellos mares con una escuadra, i lo invitase a pasar al continente a encargarse del mando jeneral.

La ocupacion de Barcelona, digno término de la brillante retirada de Ocumare, fué pues, un suceso de gran trascendencia para los patriotas dentro i fuera del país.

X.

En Barcelona desplegaron los patriotas toda la dilijencia que requería su situacion. Unidos a Piar, que se trasladó sin demora a esta ciudad con una division a cargo del jeneral Pedro María Froites, aumentaron, organizaron i ejercitaron los batallones de infantería, montaron i pusieron en estado de servicio cuatro piezas de campaña, i completaron el armamento de la caballería.

No en balde se hacian estos aprestos; sabíase que el jeneral

Moráles se acercaba con una division de infantes i jinetes en número de tres mil hombres, casi todos europeos de la expedicion de Morillo; i de hecho apareció esta fuerza delante de la ciudad el 26 de setiembre (1816) situándose en una llanura salitrosa que se estiende hasta el mar, cortada de montecillos en varias direcciones.

En la tarde del mismo día 26 salieron los patriotas al encuentro de los realistas, i pernoctaron ámbos ejércitos frente a frente el uno del otro, en tal proximidad que el grito de los centinelas enemigos se oía distintamente i a compas con el alería de los nuestros. El 27 ántes de salir el sol, tocando diana las bandas, marcharon los republicanos, mandados por Piar, sobre la línea enemiga, i se trabó un combate jeneral en que Moráles fué completamente derrotado, quedando destruida casi toda su division sobre el campo de batalla.

En ella estuvo Vélez a la cabeza de su batallón, aunque todavía no habia sanado de la herida recibida en Alacranes; i de su comportamiento podemos juzgar por una circunstancia bien significativa. Inmediatamente despues del triunfo se dió nueva organizacion al ejército para formar de él divisiones o columnas que obrasen en diferentes direcciones. Con una de ellas se proponia Piar marchar a la Guayana, debiendo servirle de base un cuerpo selecto que se aumentaria hasta 600 plazas, con soldados escojidos en todos los demas cuerpos. I así se ejecutó en efecto; pero no eligió Piar para ello ninguno de los batallones que habia traído de Cumaná; eligió, sí, entre mas de tres mil hombres, el batallón que mas habia sufrido en los combates i que estaba tan ufano de llevar el nombre de "JIRARDOT," como de tener por comandante a Vélez: propuso a este para coronel i dió a aquel el título adicional de "Conquista de Guayara."

Mandando este numeroso i lucido cuerpo con el grado de coronel efectivo de infantería, que se le confirió en diciembre del mismo año, concurrió Vélez a todas las operaciones que se ejecutaron en la Guayana por aquel tiempo, hasta que habiéndose persuadido de que Piar tramaba una conspiracion contra la unidad de mando que Bolívar ejercia ya de nuevo, pidió i obtuvo permiso del primero de estos jenerales para ir a servir a las inmediatas órdenes del segundo.

Regresaba Vélez con este designio a Barcelona en enero de

1817; pero habiéndolo sabido con anticipacion Bolívar, envió a su encuentro al jeneral Arismendi para que lo hiciese retroceder al cuartel jeneral de Piar a desempeñar allí una comision reservada, que fué calificada por todos los jefes que tuvieron conocimiento de ella, como mui árdua, peligrosa i trascendental para la causa de la independenciam; porque de su buen desempeño dicen que resultó la ejecucion de un gran plan estratéjico, i la adopcion de una base de operaciones que hasta entónces no existía. Sea de esto lo que fuere, lo que puede asegurarse es que la espresada comision dió márgen incidentalmente a uno de los lances mas interesantes de la vida de Vélez, como vamos a manifestarlo con el detenimiento que el caso merece.

Hallándose Bolívar en Barcelona sin mas enemigos que una corta partida sobre el Unare, en tanto que Mariño i Sucre en Cumaná, Páez i Urdaneta en Apure i Mérida, i Piar i Cedeño en la Guayana tenian a los españoles en afanes, creyó que la ocasion era buena para llevar a cabo su proyecto favorito de ocupar los valles de la provincia de Carácas, aumentar su fuerza con la poblacion de la comarca, i aun hacerse dueño de la misma capital. Sin embargo, al iniciar no mas la empresa, sufrió un descalabro tal, que tanto él como Arismendi tuvieron que replegarse a Barcelona con los restos de su tropa, miéntras eran socorridos por Mariño i la suya, para hacer frente a los jefes españoles don Pascual Real i don José Aldama, que habian reunido 4,500 hombres en Piritu i Clarines.

Situados, pues, Bolívar i los suyos en Barcelona, i las tropas españolas en los dos puntos que acabamos de indicar, se mantuvieron inactivas unas i otras fuerzas por mas de dos meses: los españoles no atacaban, aguardando la artillería que tenian pedida; i los patriotas no se consideraban en estado de combatir en sus posiciones al enemigo, aunque si se creyasesen bastante fuertes para resistirle en las propias. Desgraciadamente a fines de marzo fué ya imposible prolongar por mas tiempo este estado de expectativa, porque cada vez se hacian mas escasos los medios de subsistencia para las tropas aglomeradas en Barcelona. En consecuencia, Bolívar, con el unánime acuerdo de los jefes mas caracterizados del ejército, determinó evacuar la ciudad, trasladar a Margarita los efectos de guerra existentes en ella, i conducir las tropas a las llanuras de la provincia, para ligar sus operaciones con las de Cumaná, Guayana i Apure.

La resolución del Libertador fué contrariada en parte por las autoridades municipales de Barcelona, las cuales con el apoyo del general Freites, i confiando mas que todo en que la plaza no sería atacada con artillería, pretendieron defenderla si se les dejaba un batallón i algunas armas i municiones. Esta pretension era patriótica, pero indiscreta i nada militar. Bolívar, empero, no pudo desatenderla, i a fin de precaver en lo posible los males que prevenía, dejó con Freites una guarnición de 700 hombres para defender "la casa fuerte" i proteger obra de 300 personas de todo sexo que en ella se hallaban refugiadas. Hecho esto, Bolívar marchó con una pequeña escolta de jefes i oficiales hácia Guayana, i las tropas, a las órdenes de Mariño, se dirijieron primero al Carito, luego a Aragua, i últimamente al Chaparro.

En estas circunstancias llegó Vélez a Barcelona de regreso de la Guayana. Era su intencion seguir inmediatamente en alcance del ejército que llevaba el general Mariño, porque así tenía orden de hacerlo, i además, debía ocupar en él un puesto elevado. Sin embargo, cuando supo que Aldama se aproximaba a la ciudad con todo el ejército español, i que la plaza contaba con pocos defensores, ofreció sus servicios al jefe de ella, i fueron gustosamente aceptados, confiándosele la defensa de un baluarte exterior, que era la parte mas vulnerable del edificio que tenía nombre de casa fuerte. Los jenerales Freites i Júdas Tadeo Píñango se encargaron de los demás reductos.

No era la llamada casa fuerte otra cosa que el convento de San Francisco, situado en uno de los extremos de la ciudad. El edificio principal, pequeño, aunque con grandes patios, tenía paredes que, si bien suficientes para resistir el fuego de la infantería, eran absolutamente ineficaces para defenderse contra la artillería. Algo se había hecho para fortificar el punto practicando troneras en las tapias, poniendo cañones en los patios i en la azotea, i ejecutando con fosos i trincheras algunas obras exteriores de protección i de resguardo. Inútiles esfuerzos, que dieron ocasion para que una matrona venezolana de mucho espíritu, madre de varios oficiales muertos en la guerra, llamase con razon aquella casa fuerte, la casa débil; i el resultado justificó su pensamiento.

Tan pronto como Aldama tuvo aviso de la salida de Bolívar para Guayana i de Mariño i de las tropas para el Chaparro, resolvió marchar a Barcelona i tomar la casa fuerte. Dirijióse en elec-

to contra esta ciudad el 3 de abril con 3,000 hombres; ocupó el día 5 todo el caserío i se puso en comunicacion con su escuadrilla, recibiendo la artillería que necesitaba; i al amanecer del 7 principió a batir el edificio en que se habian fortificado i se defendian con el mayor coraje los patriotas, persuadidos como estaban de que caer en las manos de Aldama i ser bárbaramente esterminados, seria todo una misma cosa. El jeneral Freites sabiendo que todo esfuerzo de su parte seria insuficiente si de pronto no se le socorría, envió aviso de su situacion a Mariffo desde que se aproximaron los españoles, pidiéndole los auxilios del ejército para defenderse; pero en vano los pidió i en vano tambien se repetian los partes, cada vez mas urjentes, hasta decir en uno de ellos que aquel habia de ser el último, segun como estaba la plaza rodeada de enemigos.

Dijimos que el combate se empeñó con encarnizamiento al amanecer, i agregaremos que duró largas horas causando cruento estrago en unas i otras filas. A las once estaba ya en ruinas la fachada del edificio, i hallando Aldama practicable una de las brechas despues de medio dia, la tomó por asalto con pérdida considerable. Cabóse la espada de los vencedores con indecible ferocidad en cuanto allí respiraba. Sacerdotes, ancianos, niños, todos o casi todos los que se hallaban en aquella seccion de la casa fuerte, así republicanos como también algunos prisioneros realistas, fueron promiscuamente pasados a cuchillo, sin otra escepcion que la de tres o cuatro mujeres, que los vencedores condenaron al oprobio.

Entre tanto defendía Vélez valerosamente la parte de la casa que se le habia confiado i que, como ya se ha indicado, consistia en un reducto o manga de fosos poco profundos i sin concluir. Los realistas, conociendo la debilidad de este punto, cargaron sobre él impetuosamente al principio de la acción con gran parte de sus fuerzas; pero viéndolas estrellarse contra la heroica resistencia que les opuso el denodado defensor, resolvieron atacar de preferencia el convento por el frente, i como hemos visto pronto triunfaron. Perdidos entónces los puntos principales de la casa i acosados a cuchilladas sus defensores, i hasta las mujeres i los niños, todos los que de pronto pudieron salvarse se fueron refugiendo en el baluarte que Vélez mandaba. Atacado este entónces por dentro i fuera de la casa, i ocupando apénas un espacio de diez

varas que era el teatro de la mas cruel i confusa escena, i en el cual no era posible mantener órden alguno ni prolongar la resistencia, pensó un instante en el modo de salvar aquella jente o perecer gloriosamente en la demanda; fijó la vista en las densas columnas enemigas, i saltando el foso i la trinchera, abrió con espada en mano un camino por donde en pos de él se escaparon tambien el jeneral Freites, Jódas Tadeo Piñango entónces coronel, dos o tres oficiales mas, unos pocos soldados i varias personas desvalidas.

Ora fuese jenerosidad del jefe español, como algunos lo suponen, atribuyéndole haber gritado a sus tropas en el momento de mayor peligro para Vélez: "Salven a ese jóven! salven a toda costa a ese valiente oficial!" o bien fuese efecto de estupefaccion producida por tan andaz movimiento, o mera casualidad, lo cierto es que Vélez salió ileso de enmedio de los españoles, i no cayó en poder de ellos en el Pilar, hallándose ya solo i a bastante distancia de Barcelona, sino despues de haber labrado con su intrepidez la salvacion de sus compañeros.

"En la casa fuerte de Barcelona (dice el jeneral Piñango como testigo ocular) defendió Vélez con bizarría el reduto este-rior, por el cual nos salvamos los que ocupábamos otros puntos: en seguida atravesó la línea enemiga; i despues de quedar solo, fué hecho prisionero en la parroquia del Pilar."

No sin fundamento, pues, calificó el Estado mayor del ejército este hecho insigne, diciendo: "que el ejemplo de honor i jenerosidad que Vélez dió en la obstinada defensa que hizo del baluarte que para el efecto se le confió en Barcelona, presenta muy en claro la nobleza de sus sentimientos característicos; él prefirió en aquel día la salvacion de sus compañeros de armas a la conservacion de su propia existencia, de una manera deliberada, llamando hácia su puesto la atencion de las fuerzas enemigas hasta haber podido facilitar i proteger con temeraria resistencia la fuga de ellos, quedando él en consecuencia prisionero."

XI.

; De qué otro modo mejor podríamos principiar este capítulo en que hallamos a Vélez prisionero, sino extractando de la hoja de sus servicios la expresiva frase en que con una sola pluma

se nos hace saber cuál fué entónces su comportamiento? “En este nuevo i penoso estado,” dice aquel clásico documento, “no desmintió Vélez con ningun acto de anonadamiento ni de debilidad, la dignidad i firmeza que en circunstancias mui difíciles tanto lo distinguieron siempre.”

En efecto, desde que cayó en manos de los enemigos, i una vez pasado el primer sentimiento de admiracion que su valor i su juvenil aspecto inspiraron, trataronlo con el rigor habitual en aquellos tiempos; i como hubiese intentado fugarse, cargáronlo de cadenas, i así aprisionado enviáronlo con fuerte escolta a las bóvedas de la Guaira. En los pontones de la bahía, o lo que era peor, en las lóbregas mazmorras de la plaza, húmedas i mal ventiladas en un clima de suyo deletéreo, permaneció muchos meses con grave detrimento de su salud, que desde entónces quedó radicalmente afectada.

Viendo las autoridades de la Guaira que no era posible abatir el ánimo altivo de Vélez, remitiéronlo a Carácas a disposicion del capitan jeneral Moxo, que se disponia a ejecutar un acto ruidoso de crueldad en los prisioneros, a fin de inspirar terror a la poblacion, por ser esta, en jeneral, simpática a la causa de la independencía.

En todo el trayecto de la Guaira a Carácas fué Vélez conducido a empellones i culatazos, porque, postrado de fuerzas como se hallaba por las fiebres contraidas en las bóvedas i en los pontones de la Guaira, no podia andar al paso de sus bárbaros conductores. Los golpes que recibió en las espaldas i en el pecho, quedándole este dañado para siempre, fueron tales, i lo redujeron a tan lastimoso estado, que a su entrada en Carácas inspiraba compasion a cuantos lo vieron, excepto a sus crueles opresores, que parecian haberse propuesto castigar, a fuerza de martirios, la incontrastable firmeza i dignidad de su carácter. Sobrevínole, en consecuencia, durante los primeros dias de su mansion en la cárcel de Carácas, una afeccion al pecho peligrosa i molestísima. La muerte, que tantas veces habia respetado esa noble vida en los campos de batalla, parecia querer hacer ahora presa de ella en el lecho del dolor. Sin embargo, la juventud, i una organizacion en extremo tenaz, pudieron mas que la enfermedad, i Vélez logró, al cabo, algun alivio, recobrando parcialmente la salud. Pero parecia no ser sino para recibir en otra forma el golpe fatal.

Informado del restablecimiento de Vélez el capitán general Moxo, dispuso que fuese fusilado con otros prisioneros, i al efecto, se les intimó que se preparasen para el terrible trance. Imposible parecía que escapasen, i en muchas horas de capilla hubieron todos esos infelices de sufrir la larga agonía que solo conocen los condenados al último suplicio. La ejecucion, sin embargo, no tuvo lugar, porque habiéndose ausentado Moxo, el Oidor decano de la Audiencia la suspendió con algun pretesto cortesano de que no estamos bien informados.

No fué una misma en todos los prisioneros la impresion producida por esta peripecia: muchos, i entre ellos Vélez, la recibieron con indiferencia, pues a este extremo habia llegado el desprecio con que los patriotas veian la muerte, mayormente cuando se hallaban bajo el yugo de los enemigos; pero otros, que no estaban templados por el mismo tono, se conmovieron profundamente, i estuvieron a punto de perder el juicio. Observando Vélez que estos fueron en lo sucesivo custodiados con ménos ahinco, comprendió que flujándose demente podria, por ventura, burlar la vijilancia de sus carceleros. Así, en efecto, lo hizo, i fué gran fortuna que lograra de este modo escaparse, pues a poco llegó a Carácas órden perentoria de Morillo para que se le fusilase.

Una vez fuera de los muros de la prisiou, no tuvo Vélez embarazo alguno para ocultarse, mediante el favor i proteccion de varias familias a quienes años despues recordaba todavia con afecto i gratitud, mencionando, con frecuencia, entre otras, a las señoras Lagos i Soledad Maitin. Fácil i cómodo le habria sido, pues, permanecer tranquilo en aquella ciudad, hasta que a su turno fuese redimida por las armas republicanas; pero no era su jenio para estarse quieto en un escondrijo, ni le placia deber la libertad a otro brazo que el suyo propio. En tal virtud, i habiéndose puesto en comunicacion i contacto con varios patriotas que tambien estaban ocultos en la ciudad, tales como Hermójenes Maza, Jerónimo i Carlos Pompa, Enrique Domínguez, Miguel i Rafael Pungarenas, ayudados por las señoras Zalias, Breccas, Jacinta Jil de Domínguez, Margarita Bolívar, Manuela Urbina i otras damas de fervoroso patriotismo; de acuerdo todos, procuraron hostilizar a los realistas de cuantos modos les fué posible, ya divulgando proclamas i noticias favorables a los republicanos,

ya promoviendo el descontento i la desercion en las tropas realistas, i ya, en fin, alarmando i fatigando las guardias con gran peligro de ser cojidos, i de consiguiente sacrificados.

No tardó mucho en sonar el nombre de Vélez en los denuncios que las autoridades recibian sobre estos manejos, con lo cual pusieron su cabeza a precio, ofreciendo doce mil pesos al que lo entregase vivo o muerto. I como al propio tiempo se hacian esquisitas pesquisas, por medio de rondas i visitas domiciliarias, hubo de refugiarse en unos montes en que continuó escondido hasta que, en union de un isleño de nombre Moreno, disfrazado este de clérigo i simulándose Vélez sobrino suyo, provistos uno i otro de pasaportes falsos, emprendieron ámbos i lograron atravesar todos los acantonamientos del onemigo hasta encontrar en el alto llano las primeras partidas de patriotas, no sin haber superado grandes dificultades i arrostrado peligros inminentes: inminentes, sí, en todo el rigor de la palabra, especialmente para Vélez que, condenado de autemano a muerte i sindicado de una manera odiosa para los realistas, no podía alimentar esperanza alguna de escapar con vida al caer en sus manos.

La historia de esta furtiva peregrinacion, llena de aventuras tan alarmantes como grotescas, i en que no bien desaparecia un peligro cuando se presentaban otros mayores, formaria un capitulo interesante si estuviéramos en capacidad de escribirla con exactitud; pero no lo estamos, i apenas podemos auxiliar la imaginacion del lector con una indicacion jeneral.

Hacian nuestros peregrinos ordinariamente su camino de noche, por entre breñas i zarzales; pero a veces les era indispensable pasar por algun destacamento español, i aun presentarse en las poblaciones. El isleño, disfrazado de clérigo, no conocia sino mediaramente el latin, i no estaba nada familiarizado con el ritual romano, a tiempo que los oficios de su ministerio se le exigian con urjencia a cada paso, porque habia en los montes gran copia de jente huyendo de comprometerse en la guerra, i ademas, porque hacia mucho que los pueblos del tránsito, que habian sido a menudo teatro de la contienda, o base de operaciones militares, carecian de cura de almas. Agréguese a esto, que para no confirmar sospechas, sin cesar renacientes, era en ocasiones preciso que los viajeros se detuviesen, a fin de que el que hacia de clérigo prestase los servicios que se le demandaban, i esto cuando

parecia ser de mas instante urgencia el seguir adelante. Sobre todo, téngase presente que el fondo característico del finjido sacerdote lo constituía una timidez imponderablemente arisca i cerril, en tanto que el pretendido sobrino, animado por una piedad sincera, veía con desagrado los ardidés de su compañero, i crecía en descos de resolver todas las dificultades con la punta de la espada o el puño de ella. Con estos antecedentes no será imposible que el lector se trace imaginariamente algunos de esos cuadros en que el isleño, lívido de terror i capaz apénas de mantener el breviario en las trémulas manos, recita a media voz el oficio del caso, dirijiendo de cuando en cuando una mirada suplicante al jóven oficial, que zapatea de impaciencia i se muerde los labios hasta hacerles brotar sangre, o bien acaricia el mango de su espada i se tuerce el rubio bigote con indignacion, sofocando, a fuer de andaz, la suspicacia de algun alcalde o saujenton tan estólido i socarron como tenaz.

Concebimos vívidamente esos cuadros, pero somos impotentes para describirlos. Limitémonos, pues, a decir sencillamente, que despues de muchas escenas semejantes a las que hemos indicado, i de otras de mas grave carácter, que tambien dejamos a la imaginacion del lector, Vélez i su compañero tuvieron el placer de oír el aire herido por los clarines republicanos, en las sabanas que demoran entre Santa Maria de Ipire i San Fernando de Cachicamo. El primero se incorporó en las tropas, i el segundo, que seguramente no tendria intencion de tomar las armas, continuó su viaje.

XII.

Estaba ya algo entrado el año de 1819 cuando Vélez, despues de haber atravesado los acantonamientos de los realistas, logró incorporarse en las primeras aranzadas de una de las divisiones del ejército libertador, mandada en el llano oriental de Carácas por el jeneral Zaraza. La situacion de los patriotas, aunque no triunfante ni del todo segura, era sí defensible i prestaba májén a mui lisonjeras esperanzas. El Congreso estaba reunido en Guayana, i habia creado una autoridad suprema i dictado otras disposiciones oportunas, dando a amigos i enemigos mejor idea de aquel gobierno militar, que hasta entónces no habia sido otra cosa que un caos, donde Bolivar se esforzaba en vano por intro-

ducir luz i órden. Habia fuerzas no despreciables en Cumaná, Apure i Casanare, Guayana i el alto llano : una nube de corsarios armados por nacionales i extranjeros destruian el comercio español del continente i de las islas : Margarita era el arsenal i apostadero de estos buques ; i por último, la causa republicana tenia crédito, puesto que comenzaba a obtener del exterior oficiales i soldados, armas i pertrechos.

En mucho servirian estas consideraciones de consuelo a Vélez para sobrellevar el sentimiento de su inhabilidad física, que amenazaba no permitirle continuar por largo tiempo en las operaciones militares. El estado de invalidez en que se hallaba era verdaderamente deplorable : acometianle a menudo vértigos i vómitos de sangre ; i en suma, tenia la salud completamente alterada. Sin embargo, mientras hubo alguna duda acerca del éxito de la guerra, no quiso dar acceso a la idea de separarse del teatro de ella : ántes bien asumió inmediatamente despues de su reincorporacion en las tropas republicanas, el mando de una columna con la cual concurrió a las operaciones ejecutadas durante el año de 1819 i parte del de 1820, hasta la completa destruccion de la division del jeneral Arama en el campo de la Cantaura.

Decir esto no mas, seria no decir nada acerca de la naturaleza de los sufrimientos que esta campaña impuso a Vélez ; porque es imposible imaginarse hasta qué punto llegaban las escaseces i penurias de los hombres que en aquel tiempo hicieron la guerra en las llanuras. Los soldados, i aun los oficiales alguna vez, estuvieron tan desnudos, que se veian en la necesidad de usar para cubrirse de los cueros frescos de las reses que acataban, poniéndeseles a guisa de ruana ; i ya se deja comprender cuán incómodo traje seria este cuando los cueros llegaban a endurecerse por la accion del sol. I así como este era su vestido casi esclusivo, la carne a medio asar, sin sal i sin pan, era su alimento ordinario i único tambien. A todo esto las lluvias eran frequentísimas i los rios i caños crecidos habian inundado el territorio. Faltaban caballos, i como estos son un elemento indispensable del soldado llanero, era preciso ante todo buscarlos. Los que jeneralmente se conseguian, eran cerriles, i se amansaban por escuadrones a usanza llanera, es a saber, a esfuerzos de los jinetes ; siendo curioso el espectáculo que ofrecian quinientos o seiscientos de estos a la vez, bregando con aquellos bravios animales. En derredor del campo

de ejercicios se colocaban algunos oficiales montados en caballos mansos, no con el objeto de socorrer a los domadores que caian, sino con el de correr tras los caballos que los habian derribado, a fin de que no se fuesen con la silla; si bien esta era, por todo, un fuste de palo con correas de cuerò sin adobar.

Desde luego se comprenderia, aunque no lo dijéramos, que esta no era vida para un hombre en la situacion de Vélez; i como no tardasen, él mismo i sus jefes, en persuadirse de ello, encargósele, tan pronto como aquella parte de las llanuras quedó despejada de enemigos, una comision de distinto órden, importante i peligrosa sí, pero ménos ruda i mas proporcionada a sus fuerzas. Era la conduccion por el Meta i sus afluentes de un cargamento de cuatro mil fusiles, mas de ochenta quintales de pólvora, i otras armas i pertrechos, que se enviaban de Angostura, para ser distribuidos proporcionalmente entre las tropas del Apure i las que guarnecian el norte de la Nueva Granada.

Tenemos a la vista varias comunicaciones de los jenerales Santander i Soublette, como Vicepresidentes de Cundinamarca i de Venezuela, i otras de los jenerales Páez, Sucre, Urdaneta i Pedro Leon Tórres, que revelan a un tiempo la mucha importancia que se daba a esta comision, las inquietudes que se tenian respecto del éxito de ella, por la inseguridad del tránsito, i el grande aprecio que estos personajes hacian del carácter i demas circunstancias de Vélez. Todos ellos le recomendaban la mayor vijilancia i celeridad en la conduccion, i algunos iban hasta decir que valdria mas sufrir tres derrotas campales que perder ese parque. El ilustre Sucre agregaba: “Quando la comision que U. tiene a su cargo se le encomendó, fué conociendo su eficacia para desempeñarla, puesto que tantos patrióticos intereses lo ligan a ella; por consiguiente nada digo a U. sino que la República, el Gobierno i sus compañeros lo esperan todo de U.”

Cumplida esta comision de una manera plenamente satisfactoria, a fines de setiembre o principios de octubre de 1820, se acercó Vélez por disposicion del Libertador a la línea del Táchira, para aguardar órdenes. Comunicóselas uno de sus antiguos camaradas de Ocumare, el jeneral Salom, previniéndole que se hiciera cargo de una columna que debia organizarse en Mérida, i con tal motivo le dirijió varias cartas, de las cuales haremos uno u otro extracto.

En la primera, fechada en San Cristóval el 14 de noviembre de 1820, i relativa en lo principal a la distribucion del parque, que ya estaba en salvo, se encuentran los siguientes pasajes :

“ Mi apreciado Vélez :

“ Cuánto gusto he tenido al ver letra de un amigo i un compañero de armas en la campaña mas cruda que ha tenido Venezuela ! Oh ! i cuán pocos de aquellos existen en el dia, i qué lejos estaba de mi mente el figurarme que podría reunirme a un amigo que siendo entre nosotros un jefe de los de mejor reputacion, habia caido en las garras del tirano ; pero la suerte propicia quiso conservar a Vélez, para que, unido a sus hermanos, acabase la obra que habia empezado. Esta es, mi buen amigo, la que seguimos i la que en breve veremos concluida o cesaremos de existir ; en fin, dejemos espresiones de amistad para nuestra vista, i vamos a lo esencial. . . .

“ Nada me dice U. del estado de juventud en que se encuentra despues de sus trabajos, pero yo no puedo ménos que hacer un detal de mi ancianidad. Estoy tan canoso que desco llegue la moda de los polvos, tan ciego que para nada dejo los espejuelos, sin dientes, flaco i despues de todo, siempre pobre. ¿ Quiere U. mas trabajo ? ”

En otra dirigida con fecha 19 de enero de 1821 a Mérida, donde Vélez estaba ya eucargado de la columna, le dice con el aire de hombre de edad proveccta :

“ Señorito Vélez :

“ Le tengo enviados a U. con la compaña que saldrá de este punto el 22, mas de 850 hombres, listos de un todo, i le tengo en San José 500 mas, entre estos 150 libertos, i en Pamplona 400 reclutas. Qué tal ! ya pasa la columna de 1,700 plazas, sin contar con los depósitos de Tunja i Socorro, que empezarán a bajar el mes entrante. Le podremos dar el nombre de division o ejército.

“ Sé incansable, disciplinalos a mañana i tarde, foguéalos mucho, i por último, forma buenos soldados, i cuenta con la victoria.”

“ Celebraré te hayas mejorado de tus males. . . .”

Otra, que será la última que citemos, es del tenor siguiente :

“San José, enero 27 de 1821.”

“Querido Vélez:

“Con la compañía que marcha el 29, te tengo remitidas 1,050 plazas, perfectamente equipadas i municionadas, con morriones de snela i fundas. El 5 del entrante saldrá otra compañía, con la que pienso mandarte el mayor, ayudante, capellan i música, en atencion a considerarlos mas necesarios en ese punto, por estar la principal fuerza en él, que acá yo me remediare con lo que quede.

“Por si las compañías de cazadores i granaderos que fueron a Ocaña no se incorporaren en tu columna, vé formando otras, i pon tus cinco sentidos en que queden de gusto, aunque te cueste mucho trabajo. Tambien forma los gastadores, para los que te tengo entre 134 libertos que debo enviarte, una docena de 7 piés de alto, robustos i negritos, que son los buenos.

“Nada me dices de tus calenturas i te contentas con hablarme solo de desertores....”

No se nos oculta que habrá mas de un lector a quien parezcan inspidos i triviales estos extractos ; pero otros no sentirán ser admitidos a la intimidad de dos hombres como Salom i Vélez. Por otra parte, el aroma de las narraciones históricas se disipa tanto al pasar de recopilacion en recopilacion i de compendio en compendio, que para aspirarlo es preciso de vez en cuando buscarlo en los documentos primitivos, en los pormenores i detalles, hasta antecuar, por decirlo así, nuestro espíritu i asimilarlo a la época que queremos recordar.

Como quiera que sea, los documentos últimamente citados demuestran que la columna confiada a Vélez se componia de numerosas i lucidas tropas. Mandándolas concurrió a varias de las funciones militares que tuvieron lugar en los llanos de Arauca, Barinas, Guadualito, Guaca, &c; pero el principal servicio que prestó fué el de proteger las fronteras de la Nueva Granada desde su cuartel jeneral en Mérida, contra los amagos del jeneral español La Torre, hasta que, desapareciendo todo recelo por esta parte, i definitivamente conquistada la independencia de Colombia i constituida esta república, no siendo ya necesaria su presencia en el ejército, obtuvo en setiembre de 1822 una licencia temporal que solicitó sin sueldo, pero que le fué otorgada con cierta pension, declarando el Gobierno que así lo exijia la equidad, por ser

notoria la enfermedad de Vélez, “como lo eran también sus “buenos servicios, su amor a la República i a la gloria de las “armas colombianas, i el sacrificio de su salud que había hecho “en obsequio de la patria.”

En uso de la licencia concedida con tan honrosas demostraciones, i en unión del jeneral Nariño, con quien se asoció en Cúcuta, regresó Vélez en los primeros días de 1823 a Bogotá; mas no al seno de su familia, que casi toda ella había desaparecido en los campos de batalla, en el patíbulo i en el destierro.

XIII.

Hasta aquí, i en cuanto lo permitían los escasos datos de que disponíamos, hemos acompañado paso a paso al jeneral Vélez en diez años de campañas i padecimientos, porque, escribiendo sus aventuras, recordábamos las glorias de la patria en una época remota i no bien conocida por la nueva jeneracion. Pero a medida que los acontecimientos sean de mas reciente data, o de interes ménos intenso, iremos salvando en pocas líneas los años i las distancias; que no es una vida entera, sino algunos rasgos de ella, lo que nos hemos propuesto escribir.

Diez años hacia, como acabamos de indicarlo, que Vélez había salido de Bogotá para emprender sus campañas, i estos diez años, sin otro intervalo sereno que el de las pocas semanas pasadas en Black-River, habían sido para él una serie constante de combates i sacrificios de todo jénero. El cadete volvía coronel; el niño, hombre maduro; pero entre tanto; cuántos peligros arrojados!; cuántas penalidades i angustias! Jóven todavía tornaba a visitar por primera vez, despues de tan larga ausencia, la ciudad natal; mas ¿quién hubiera podido reconocer en el rostro varonil i en el aire de tranquila resolucion del coronel colombiano, al imberbe i vergonzoso cadete de Cundinamarca? Pocas personas había, en verdad, que tuvieran interes en hacer estas comparaciones; sus padres, sus dos hermanos varones, casi todos los deudos próximos de Vélez habían desaparecido en el huracan revolucionario; puede, pues, decirse que se encontraba solo en el mundo, sin mas familia que la patria comun, sin otra compañía que la honra de haber contribuido a fundarla; pero estaba satisfecho porque COLOMBIA existia, grande, gloriosa, independiente.

Poco tiempo pudo Vélez gozar del completo reposo que el estado de su salud i las fatigas experimentadas en tan largo período hacian necesario. Apesar del gran número de jefes distinguidos con que la República contaba en aquel tiempo, i no obstante el inconveniente de su invalidez física, fué, desde luego, llamado al desempeño de varios destinos importantes de naturaleza sedentaria; i al cabo, no admitiéndosele escusa alguna, ocupó una de las magistraturas militares de la Corte superior del distrito del centro: empleo mui adecuado a su espíritu justiciero, i carácter a todas luces honorable.

En destinos del orden judicial, propios de su profesion, continuó sirviendo por algunos años. En el de 1827 fué ascendido, a propuesta del Libertador Presidente i previo acuerdo i consentimiento del Senado, a jeneral de brigada con esta especial recomendacion de Bolívar: “Desde el año de 1818, que conocí al coronel Francisco de Paula Vélez, hasta la época en que sus males le obligaron a retirarse del servicio, observé en él una conducta verdaderamente heroica, irreprochable, i siempre sumiso a su deber. Por lo tanto, yo tengo al coronel Vélez por un oficial mui distinguido, i mui acreedor a las consideraciones del Gobierno de la República.”

I no eran estos elogios debidos a irregulares condescendencias de Vélez respecto de Bolívar; pues por el contrario, fué siempre adverso a la llamada “Constitucion Boliviana,” que el Libertador vino preconizando por sí, i por medio de sus validos, a su regreso del Perú. Una de las primeras manifestaciones que contra tal proyecto recibió Bolívar ántes de ser ascendido Vélez a jeneral, estaba firmada por él i contenia, entre otras patrióticas protestas, la siguiente: “Creemos,” decian los jefes que suscribian este documento, “que cuando la Constitucion deje de existir, porque haya terminado de un modo legal, i no por ataques de la fuerza armada, o por la seducción; el pueblo no querrá un gobierno cuyas funciones se ejerzan por un individuo en perpetuidad, o se hereden por sucesion; pues los bienes de la libertad no son jeneralmente compatibles con la perpetuidad i la herencia del poder.”

La desconfianza producida en aquel tiempo por los proyectos ambiciosos que se imputaban a Bolívar, llegó al extremo de juzgar incompatible su existencia con la de la República. No participó nunca Vélez de esta opinion, pues pensaba que en semejante

dilema, como en otros aparentemente indisolubles, la verdad no se encuentra en ninguno de los extremos, sino en el justo medio. Sabía que Bolívar tenía tal horror a la anarquía, que este sentimiento podía ahogar el odio que también profesaba al despotismo i la tiranía, i conducirlo a extravíos deplorables. Creía, pues, que podía i debía hacerse oposicion a su política; pero nunca con ofensa de la moral. Así es que cuando la exaltacion de las pasiones i el odio personal a Bolívar, o sean las aberraciones del patriotismo, armaron el brazo de algunos conjurados para atentar contra la vida del venerable caudillo, Vélez fué uno de los primeros jefes que en union de Paris i Ortega se presentaron en la plaza pública a defender a Bolívar o morir a su lado.

Con razon, pues, le decia este, pocos meses despues de aquel acontecimiento, despidiéndose para marchar a sostener la guerra con el Perú: "Siento que la enfermedad de U. no le permita tomar una parte activa en la actual contienda. Cuidese U, conserve sus nobles sentimientos i hágase cada dia mas i mas digno del aprecio de sus conciudadanos."

Antes de esto habia sido Vélez elegido miembro de la Convencion de Ocaña, i aun se puso en marcha para concurrir a las sesiones; pero sus males, agravados en el camino, no le permitieron cumplir tal designio, i tuvo que regresar a la capital condeuido en guancho. En el año siguiente (1829) la provincia de Neiva lo eligió unánimemente para diputado suplente en el Congreso constituyente, que tuvo nombre de admirable. No llegó el caso de que ocupase un asiento en este cuerpo legislativo; pero parece que la organizacion política que conviniera dar a Colombia fué entonces objeto de algunas meditaciones de su parte. Así se colije de una carta que, por ser de Bolívar, merece publicarse, ya que en el curso de este escrito se presenta oportunidad para darla a luz. Toda ella es de mano del Libertador, i dice así:

"Bujio, 14 de julio.

"Mi amado Jeneral!

"Con mucho gusto he recibido la apreciable carta de U, en que me manifiesta su honrosa opinion sobre el próximo Congreso i lo que debe hacer. Yo doi a U. las gracias por todas sus expresiones i por las ideas que indica sobre el gobierno de Colombia. U. tiene mucha razon i le sobra. Nosotros no

podemos acertar nunca en ningun partido que tomemos, porque esta revolucion i esta América no admiten cosa buena, ni aun pasable. La carta de U, unida a otras ideas i noticias sobre la revolucion *andante* de América, me han movido a dar hoy mi opinion sobre lo que debe hacer el Congreso próximo. No será acertada, pero es la ménos *peor*, como dicen los rústicos. Todo es malo i malísimo, . . .

“Tenga U. la bondad de ponerme a los piés de la señora i de toda la familia. Al Jeneral Ortega mil cosas de mi parte.

“I en tanto soi de U. amigo de corazon.— Bolívar.”

No debieron ser del beneplácito del Libertador las opiniones políticas espresadas por Vélez, i es por esto seguramente que se refiere a ellas con tanta concision i vaguedad; pero conocia el sincero patriotismo i la honradez acrisolada de su corresponsal, i en consecuencia lo trató siempre con aprecio i consideracion.

Reunido el Congreso en 1830, i admitida la renuncia que Bolívar hizo del poder que ejercia, se temió que se insurreccionasen algunos cuerpos de la division de Boyacá, i Vélez fué nombrado para mandarla, encargándose luego de la comandancia jeneral del departamento del mismo nombre. Ejerciendo este empleo, prestó mui útiles servicios en los meses de abril i mayo de dicho año, con motivo de la sublevacion del batallon Granaderos, ocurrida en Bogotá, i de la amenaza de invasion que por aquel tiempo hizo el jeneral Mariño desde la frontera del Táchira, a la cabeza de un numeroso cuerpo de tropas venezolanas.

A mediados de agosto del mismo año, cuando el motin del batallon Callao i de las milicias de la Sabana habia tomado ya mucho cuerpo, el Presidente Mosquera le confió la comandancia de Curdinamarca, i encargado de ella por haberse excusado otros jefes de desempeñarla, logró introducir alguna fuerza en la capital i llevar a efecto otras medidas convenientes; pero por accidentes que no conocemos i que toca a la historia esclarecer, se libró prematuramente, contra los designios de Vélez i tambien contra los del benemérito e infortunado coronel García, la aciaga batalla del Santuario en que sucumbió el Gobierno lejítimo, el dia 27 del mes de agosto ya citado.

Durante la dictadura del jeneral Urdaneta, Vélez vivió en el valle de Tensa, espionado por los ajentes del gobierno intruso, hasta que, llegado el momento de la reaccion constitucional en abril de

1831, aunque sufriendo siempre de sus males, que eran ya crónicos, tomó nuevamente las armas i entró con el ejército restañador en esta capita. Vivamente lastimado entónces por una publicacion que se habia hecho en Nueva York, i en que se le ofendia por su participacion en los sucesos del año anterior, se dirigió al Vicepresidente encargado del Poder Ejecutivo, solicitando que se le sometiese a juicio con todo el rigor de las leyes, i excitando a sus conciudadanos a que presentasen contra él cuantos cargos creyesen justos. El gobierno declaró “estar muy satisfecho de la conducta leal i recomendable observada en todas épocas por el benemérito jeneral Vélez: de los muy distinguidos servicios rendidos por él a la causa de la libertad i en favor del órden legal; i de que no tenian ni el mas ligero apoyo las imputaciones qué se le habian hecho.” I a mayor abundamiento, el sujeto que las habia publicado en Nueva York, dió allí mismo a luz la citada resolucion, declarando bajo su firma, con noble hidalguía, que habia procedido por informes erróneos, pero que todas sus sospechas quedaban desvanecidas.

Despues de este incidente, volvió Vélez a ocupar su puesto en la corte marcial, i aun desempeñó por algunos meses la prefectura del departamento de Boyacá, hasta que en julio de 1832 se retiró del servicio activo con letras de cuartel, por estar ya constituida la Nueva Granada i no existir peligro alguno que hiciese necesarios sus servicios.

XIV.

Retirado a la vida privada i feliz al lado de la estimable señora con quien habia unido su suerte desde el año de 1826, juzgaba acaso Vélez haber satisfecho por entero el tributo de amarguras que todos estamos obligados a readir en nuestra peregrinacion por la tierra, i se consideraria por lo mismo al abrigo de nuevos golpes de la fortuna. Pero desgraciadamente se engañaba.

Todos saben cuán criticas fueron las circunstancias de la República en setiembre i octubre de 1840. La revolucion se aproximaba en todas direcciones, triunfante i orgullosa: el espíritu público estaba completamente abatido, i el Gobierno lejítimo no tenia a mano fuerza alguna disciplinada, pues la mayor parte es-

taba lidiando con los facciosos en los remotos riscos de Pasto, i el resto habia desaparecido en el funesto campo de la Polonia. Fué entónces que, mas quebrantado aún por las enfermedades que por los años, Vélez, que ningun sacrificio sabia rehusar el dia del peligro, atendiendo al llamamiento del Poder Ejecutivo se encargó de la Gobernacion de Tuija, promovió la reaccion constitucional que encabezó en Casanare el coronel Melgarejo, proporcionó los recursos con que NEIRA venció en Paipa, i contribuyó poderosamente a que este esclarecido patriota se volviese como un rayo a Bogotá, i encendiéndose súbitamente con su presencia, el entusiasmo de la poblacion. En pos de Neira, i no teniendo fuerza bastante para hacer frente en Tuija al enemigo, que marchaba en triunfo sobre la capital, Vélez se vino tambien a ella en cumplimiento de órdenes espresas del Gobierno, i, aunque abrumado de dolencias, se puso a la cabeza de las compañías de milicianos i de los grupos de voluntarios que se habian reunido apresuradamente con el pomposo nombre de division.

Acercábase a la sazón a las goteras de esta ciudad la fuerza enemiga, ufana i arrogante con el triunfo de la Polonia, i superior en mucho a la que podia oponerle Vélez. El caso era sin embargo urgente, i de hecho resolvió, de acuerdo con Neira, salir al encuentro de los revolucionarios por vias distintas, pero en concierto, i bien medidos el tiempo i la distancia; de suerte que en momento i punto de antemano determinados, cojiesen de improviso i a dos fuegos al enemigo. I así, en efecto, se prepararon a ejecutarlo, tomando Neira i los jinetes la direccion de Occidente, i Vélez la del Norte con los infantes.

Un movimiento combinado como este, difícil en todo tiempo, lo era aún mas con jente voluntariosa i sin disciplina; parte de la infantería se amotinó en San Diego i rehusó salir de la ciudad; las exhortaciones del Gobernador de la provincia i del Vicepresidente de la República, apénas pudieron recabar de aquella jente el que siguiera hasta Chapinero, uno o dos dias despues. Entretanto, un piquete de la caballería de Neira encontró una avanzada enemiga i trabó combate con ella; fué necesario apoyarla, i la lid se jeneralizó. La vanguardia enemiga fué derrotada, i el cuerpo principal, intacto i muy superior todavía a las fuerzas constitucionales, emprendió en buen orden su retirada. Iba ya por el páramo de las Ovejas, cuando la tropa de Vélez, reunida a la

caballería, entraba en Enemococon a la caída del sol. Los soldados habían hecho por entre el fango una marcha forzada sin tomar ningún alimento, i en caso de continuar la persecucion sería necesario pasar la noche en el páramo i a campo raso.

Una vez frustrado el plan combinado con Neira, pero conseguido lo principal i mas urgente, que era alejar de la capital al enemigo, Vélez no debía, según las instrucciones del Gobierno, aventurar movimiento alguno que pudiese comprometer a su tropa, pues en breves dias llegarían los cuerpos avanzados del ejército del Sur, que estaba ya en marcha hácia la capital, i convenia esperar este auxilio ántes de empeñar ninguna función de armas decisiva. Esta era también la opinion del Secretario de Guerra, que se hallaba en aquel momento en el campo constitucional, i cuyo voto naturalmente se consultaba en la dirección de las operaciones, no solo como hombre experimentado en negocios militares, sino también por el cargo que ejercía. Por tanto, la solicitud que algunos de los voluntarios que iban en la división, hicieron para que se persiguiera i atacara inmediatamente al enemigo, no fué atendida. Dos o tres oficiales i varios ciudadanos descontentos con esta resolución, la criticaron amargamente i regresaron a Bogotá, en donde la censuraron de nuevo en algunas hojas impresas.

No entraremos a examinar el fundamento de tales criticas; solamente diremos que el Gobierno no rehusó su aprobación a la resolución censurada. I por lo que hace al resultado, agregaremos que, con la oportuna llegada de considerables fuerzas veteranas del Sur, aquella campaña, que pudo ser de muerte para la República si en Enemococon se hubiera librado el éxito de ella a la prueba incierta de un combate, no fué en lo sucesivo sino una marcha triunfal para el ejército constitucional.

Vélez vivió lo bastante para recibir en 1854 i 55 nobles muestras de simpatía i respeto de parte de los censores de su conducta en 1840; pero esta era una compensación que se ocultaba para él en las densas tinieblas del porvenir. Entre tanto, con el alma traspasada de angustia, i el cuerpo abrumado de dolencias físicas, continuó inquietando de cerca al enemigo, para impedir que se rehiciese, i para alejarlo de la capital lo mas que posible fuese. El 6 de noviembre lo desalojó de la ciudad de Tunja, i quiso seguir persiguiéndolo hasta que se dispersase completamente; pero

habiendo ocurrido primero en Chocontá i luego en Tunja, dos motines con el objeto de que no se continuara la marcha, Vélez insistió por tercera vez en renunciar la comandancia jeneral de la division, i enrolándose en ella como simple soldado, se puso a disposicion del benemérito jeneral Paris, que fué el jefe designado para reemplazarlo.

Creemos que el lector habrá comprendido cuán cruel i crítica fué la situacion de Vélez, apareciendo al frente de una columna respetable i entusiasmada, pero sin poder obrar con libertad, i lo que es peor, sin poder manifestar las razones que le impedian hacerlo. La mayor parte de la fuerza se componía de individuos que tomaron voluntariamente las armas, i que en el campo de batalla se conducian honrosamente; pero por lo mismo que servian de motu propio i sin seguir el órden regular, creian tener derecho para discutir i criticar las órdenes que se les comunicaban, para marchar donde les pareciera, i aun para abandonar del todo el servicio; i sin embargo no era prudente ni posible desengañarlos con el rigor de las leyes militares.

El Gobierno que conocia estas circunstancias, i que estaba a cabo de que Vélez habia obrado con estricta sujecion a sus instrucciones, no podia permitir que se separase del servicio activo, sin dirigirle algunas palabras benévolas, destinadas a disipar en su ánimo la penosa impresion producida por tantos sinsabores i contrariedades. Dijo, pues, que era sumamente sensible para el Gobierno verlo separarse del destino que tan dignamente habia desempeñado, i que sus servicios siempre distinguidos, eran tanto mas apreciables, cuanto que los años de su carrera militar podian casi comptarse por los de su existencia.

Sin embargo de estas i otras demostraciones de aprecio no ménos importantes, las ocurrencias de que hemos hablado lastimaron profundamente a Vélez i emponzoñaron por largos años su trabajosa existencia. Despreciando las riquezas i todo jénero de bienes materiales, él no habia tenido jamas otra aspiracion que la de merecer el buen concepto de sus compatriotas, i creia haberlo perdido. “Mi padre (decia Vélez en momentos de dolorosa “*espansion*) murió en un patibulo hace años en estos mismos “meses, por la causa pública; pero no murió difamado, i conservó “todo su vigor patriótico i su salud hasta sus últimos instantes. . . “yo en obsequio de la patria i por mi honor habria preferido su

“suerte a la que me ha tocado, si hubiera podido prever que se
“me esperaba cuando llorando su sangre derramada, vertia la
“mia en los campos de batalla por la libertad i gloria de mis con-
“ciudadanos.”

Como se ve, Vélez se consideraba infamado, i en medio de su afliccion, olvidaba que la opinion pública triunfa siempre de los conceptos que son obra de impresiones del momento, asi como triunfa tambien de folletos efimeros, que ni dan honor ni quitan fama. Olvidaba tambien que a él no se le acusaba de deslealtad ni de cobardia; se le acusaba únicamente de desaciertos, de errores; i estos por lo mismo que son inherentes a nuestra especie, no la deshonran. Pero, por desgracia, las máximas filosóficas acerca de la entereza con que deben soportarse los golpes de la adversidad, tienen el defecto de ser completamente inútiles para curar las ofensas que nos hacen perder, aunque solo sea momentáneamente, la estimacion de nuestros semejantes. El alma herida en esta cuerda delicada, si apela a la filosofía verdadera, que es la relijiosa, podrá perdonar i resignarse; i esto hacia Vélez; pero dejar de sentir, jamas! Miétras mas inocente, miétras mas noble, miétras mas delicada sea, tanto mas acerbo será su dolor.

No es, pues, extraño que la superexcitacion producida en el espíritu de Vélez por las censuras de que habia sido objeto, i la cruel necesidad de callar en obsequio de la causa pública, acabaran de arruinar su salud i lo redujeran a un estado completamente valetudinario. En esta penosa situacion pasaron para él, largos i pesados, los años corridos desde 1840 hasta 1854. Buscando un alivio que su alma agoviada de pesares no le permitia hallar en ninguna parte, estuvo largo tiempo encerrado en su casa en Bogotá, o errante de pueblo en pueblo i de aldea en aldea, hasta que al fin, en la mas recóndita quinta del Chapinero, creyó hallar un retiro tan absoluto i secuestrado como lo apetecia su torturado espíritu.

XV.

Al noreste de Bogotá i en la estremidad superior de un prado guarnecido de espesos arbustos, abrigada a la vez que oculta por la frondosa hojarasca de algunos sauces i cerezos, se divisaba en una bella tarde del mes de junio de 1854, una casa de estrechas dimensiones i anticuada apariencia, no mui distante de la

inconclusa capilla de Chapinero. El sol, hundiéndose en el horizonte, bañaba todavía en lánguida luz las undulaciones del prado, “i parecía despedirse del paisaje con el aire melancólico de un moribundo, que se sonríe de las amarguras de esta vida, alentado por la esperanza de una resurreccion gloriosa.”

El interior de este humilde albergue ofrecia un espectáculo no ménos interesante que el que presentaba por fuera el campo. “A la manera que la débil enredadera, despues de haber envuelto su gracioso follaje al rededor del cedro que la sostiene, lo abraza aún con sus tiernos vástagos cuando el fuerte árbol ha sido derribado por la tempestad; así tambien veíase en el interior de aquella modesta estancia una mujer amorosa que, despues de haber sido el contento i solaz de su noble esposo en las horas felices, era ahora su consuelo en las calamidades, sosteniéndole con dulzura la abatida frente, i curándole con el bálsamo de su ternura las heridas del corazon. . . .” Mas no sigamos descubriendo, ni aun para admirarlo, el sagrado del hogar doméstico.

El crepúsculo vespertino que avanzaba a buen paso, empezaba ya a confundirse con las tinieblas de la noche, cuando saliendo de la quinta i atravesando el prado, aparecieron en la vera del camino dos jinetes; anciano el uno, i evidentemente militar de alta graduacion, no porque llevase insignias, sino por la apostura i la espresion que comunica el hábito de mando: paisano i hombre de mediana edad el otro. El primero era Vélez, que a pesar de la gravedad de sus enfermedades i del peso de los años, despreciando la escusa que estas circunstancias pudieran proporcionarle, marchaba con sus luengos i nevados bigotes de soldado colombiano, a sentar plaza de tal en el ejército constitucional. El segundo era un diputado que se dirigia a Ibagué, para concurrir a la reinstalacion del Congreso, disuelto en Bogotá por el motin del 17 de abril.

Ambos viajeros, apénas se vieron en el camino, torcieron bridas hácia la ciudad; pero sin entrar en ella, se dirigieron por algunos desechos i enrucijadas, al camellon de Sau Victorino. En Puente-Aranda se unieron a otro jefe militar, amigo de Vélez, i luego, eludiendo el encuentro de varias partidas de los rebeldes, continuaron su marcha nocturna al traves de los potreros i por vias escusadas, hasta llegar a la hacienda de Cineba, del señor Luis Umaña, donde fué necesaria una corta detencion para pro-

porcionar algun descanso a Vélez, que estaba débil i en sumo grado achacoso. Otro tanto fué preciso hacer en Junca i San Gabriel, posesiones administradas antónce por los señores Paulino i Eujenio Díaz, que, lo mismo que el señor Umaña, acogieron al Jeneral Vélez i sus compañeros con la mayor cordialidad.

Dos dias despues encontraron en Guataquí el primer destacamento constitucional, i dieron parte de su arribo al encargado del Poder Ejecutivo, ofreciendo Vélez sus servicios en calidad de soldado para el dia de un combate. En seguida se dirijió a Ibagué, donde recibió la contestacion que el Gobierno daba a su ofrecimiento, tan espresiva i cumplida cual lo merecia su patriótico proceder.

En Ibagué llevó Vélez la vida retirada i silenciosa que se habia hecho habitual en él, i que le imponian lo acerbo de sus sufrimientos fisicos i el estado siempre adolorido de su espíritu. Atento con todo el que se le acercaba, pero por lo regular taciturno, no entraba en conversacion sino con sus dos compañeros. Cierta dia uno de estos, que estaba escribiendo para el *Boletín Oficial* un artículo en que se hacia respetuosa mencion de Vélez, se lo leyó. El viejo veterano escuchó atentamente la lectura, i al oír la parte que le concernia, quiso decir algo, pero no pudo: dos gruesas lágrimas rodaron por las rugosas mejillas del jeneral; ellas revelaron su profunda emocion mejor de lo que hubieran podido hacerlo volúmenes enteros de elocuencia. Era aquella quizás la primera ocasion en que, despues de muchos años de silencio que él consideraba obra del desden, oía su nombre asociado a alguna espresion honorífica.

Esta preocupacion de Vélez le habia hecho contraer una susceptibilidad exajerada i penosísima, i vamos a dar un ejemplo de ello. El Gobierno, deseoso acaso de proporcionarle un medio de distraer el tedio de la inacción, le recomendó que promoviese la reunion de víveres i otros recursos para las tropas que venían del Sur; pero sabiendo que se hallaba en incapacidad de desempeñar semejante encargo u otro alguno que exijiese actividad, dióle por auxiliar al jeneral Ortega, amigo i pariente suyo. Al recibir el respectivo oficio, Vélez guardó por algun espacio silencio, i como al cabo esclamase: “que él no habia venido a servir en despensas “ni comisarias, sino a pelear como soldado”; sus compañeros, creyendo que convenia no tratar la cosa en serio, se sonrieron de

tan intempestiva indignación i le hicieron varias reflexiones para disiparla. Con ellas el viejo jeneral, que de ordinario tenia un trato afable i dulce con las personas de su confianza, se fué encrespando mas i mas, hasta que, positivamente enfadado: “¡De mí nadie se burla!” dijo, i esto en un tono tal, que todos los circunstancias, descosos de evitarle otra mortificación, asumieron la mayor gravedad i guardaron profundo silencio.

Apelando de la susceptibilidad de su carácter momentáneamente irritada, a su razon tranquila i fria, el jeneral comprendió que en beneficio de la patria no hai servicio desdoloroso, i puso manos a la obra, mui solícito i diligente. Pero pronto se aburrió de la inercia que algunas personas oponian a la comision, i dejando al jeneral Ortega esclusivamente encargado de ella, fué a incorporarse como soldado en uno de los cuerpos de vanguardia, que habian emprendido operaciones sobre la sabana de Bogotá.

“Como tú sabes,” decia Vélez en una carta escrita entónces a un amigo suyo, “yo no aspiro a otra gloria que a la de combatir entre filas como simple soldado. Con tal resolucion salí de la desgraciada Bogotá, i con tal carácter ofrecí mis servicios cuando me reuní a los constitucionales. Tengo, hace tiempo, la convicción de que en la República es conveniente hacer guerra a las aspiraciones personales, dando ejemplo de un total desprendimiento; i creo tambien que, cuando nuestros compañeros de armas me vean enrolado en una compañía haciendo fuego como uno de tantos soldados, recibirán una impresion mui favorable a la República, por cuya única felicidad es que he hecho i hago sacrificios.

“Ya sabia yo,” agrega en la misma carta, “las burlas que se me hacian en *El 17 de Abril* i en otros papeluchos revolucionarios: no te afaues por eso; déjalos, que son niños. No me degrada el estar viejo, enfermo i rodillon, como dicen; i ménos cuando lo estoi quizás mas por haber trabajado desde mis liernos años por la independencia i verdadera libertad de mi patria. Yo siento, como granadino, que esos jóvenes robustos, vigorosos i valientes que dicen los motineros, que tienen ellos a la cabeza de las fuerzas del opresor para combatir a las de la República, empleen tan mal, en destruir su propia patria, su valor i vigor juvenil; el ejemplo que les damos los viejos del lado de acá, debería avergonzarlos. En cuanto a todo eso otro de rezanderos i

“camanduleros, en la parte que me toca, me honran, i me glorío
“de decir a recio grito, que soi cristiano, católico, romano.

“Aparte de esto, i acá para entre los dos ; no te parece que
“será una pintura célebre en el cuadro de la Nueva Granada, ver
“a un jeneral de antaño, allá de los libertadores de Colombia, de
“poco mas de una cuarta de estatura, barbicano, cargado de es-
“capularios al pescuezo, con su espada a la cintura, su fusil al
“hombro i la camándrila en el bolsillo, combatiendo como sol-
“dado todavía en el año de 54, por la libertad de su patria, con-
“tra los robustos jefes i soldados de un opresor!”

La pintura que Vélez hace de sí mismo en esta carta, es, por su-
puesto, quimérica; pero las promesas que consignó en ella, se rea-
lizaron cumplidamente en el primer combate formal que tuvo lugar
entre las tropas de la Republica i las de los rebeldes en el campo
de Bosa. El puente de este nombre era el punto de mayor peligro;
su defensa estaba confiada al batallon Salamina, que llevaba la
vanguardia, i en él estaba enrolado Vélez como soldado, espuesto
a un fuego mortífero de fusilería i de cañon; pues las fuerzas ene-
migas, deseosas de apoderarse de aquel punto, se precipitaron en
masa sobre él. Los dos jefes del batallon quedaron malheridos:
varios oficiales i soldados perecieron; pero el enemigo fué com-
pletamente rechazado, i tuvo que replegarse a su cuartel jeneral.

Concluido el combate, Vélez recibió las felicitaciones de to-
das sus camaradas, i mas tarde una medalla de oro que los vale-
rosos antioqueños hicieron grabar en conmemoracion de haber
combatido en sus filas, como simple soldado, un jeneral colom-
biano, compañero i amigo de Ricaurte, Jirardot i Bolívar. La me-
dalla tiene grabada la fecha de esta funcion de armas; i el diplo-
ma que la acompaña expresa el reconocimiento del batallon al
“soldado Jeneral Francisco de Paula Vélez,” por haber dejado a
un lado en aquel dia sus estrellas, para tener el orgullo patriótico
de disparar su fusil en la vanguardia, como soldado del Salamina.

Habiéndose eucastillado en las casas de la Chamisera las
fuerzas rebeldes batidas en Bosa el 22 de noviembre, el ejército
constitucional del Sur se dirigió el dia siguiente a la entrada me-
ridional de la ciudad, situándose en las quintas i casas que hai
entre San José de Fucha, Tres-Equinas i las Cruces. La tropa
habia formado pabellones para tomar algún alimento i descanso
antes de ocupar sus posiciones: muchos jefes i oficiales estaban
recibiendo las congratulaciones de sus familias i amigos, que ha-

bian salido de la ciudad para felicitarlos, i los soldados estaban tambien distraidos, i fraternalmente confundidos con el paisanaje. En este momento de jeneral desconcierto i descuido, una division enemiga de dos mil quinientos hombres, mandada por el jefe mas brioso i activo que tenian los rebeldes, cayó de improviso sobre las fuerzas constitucionales, i estuvo a punto de desbaratarlas, mediante el désorden en que se hallaban. Pero sucedió entónces lo que en otros lances de nuestra historia militar, i fué que, a la pujanza i valor personal de unos pocos, mas bien que a los medios civilizados del arte, se debiese el éxito feliz que las armas constitucionales alcanzaron en aquel desigual combate.

Entre los grupos de hombres valerosos, de todo estado i condicion, que afrontaron i contuvieron el primer impetuoso ataque del enemigo, vióse en aquel crítico instante al Jeneral Vélez, con la blanca barba ondeando al aire, haciendo fuego como soldado sobre las primeras hileras de los rebeldes. Las aclamaciones victoriosas de los constitucionales rasgaban el viento, cuando conducido en brazos de sus jóvenes compañeros, Vélez entraba en una de las chozas inmediatas. Abriéndose allí la canisa ensangrentada, quedó descubierta junto a la cruz que llevaba siempre sobre el pecho, la bala que, segundo nuncio de una resurreccion gloriosa, habia de curarle todas las heridas del alma, que eran las que él consideraba mas dolorosas. Estrajo la bala con su propia maza; mantúvola un momento en el aire, entre el dedo índice i el pulgar; i mirándola con una indefinible sonrisa, exclamó jovialmente: "Se salvó la patria!"

Después de haber pronunciado estas palabras, que eran las que le servian para espresar toda emocion intensa, le vino un acceso de vómito i perdió el sentido; pero pronto lo recobró sa-
jándole la parte del pecho que se habia inflamado, i haciéndole otras aplicaciones.

El herido en Bijirima, en la cumbre de Aguacates, en Quebrada-honda i Aiacaanes, volvía a serlo en las goteras de la ciudad natal, a los sesenta años de edad. ¿Qué buscaba Vélez en los peligros? ¿Por qué, con el cuerpo cubierto de cicatrices, esponia aún el pecho a las balas? Cuando en tiempo de Colombia se le hizo jeneral de brigada, renunció cualquier otro grado que en lo sucesivo pudiera otorgársele, i en la milicia granadina ocupaba ya el mas alto de todos. No era, pues, por obtener ascensos. ¿Sería por alcanzar gloria? El intrépido subteniente de la

batalla de Bárbula, el jefe de la expedición de Río-Caribe, el heroico lejonario de Ocumare, el denodado defensor de la casa fuerte de Barcelona no podia ambicionar mas glorias : las tenía de sobra, i habia llegado a la edad en que el hombre las mira como humo fugaz. ¿Por qué, pues, parecia cortejar la muerte? Bolívar lo ha dicho : “porque la conducta de Vélez fué siempre verdaderamente heroica i sumisa a su deber.” Si, era por eso. Vélez, “que jamas hizo gala de las condecoraciones humanas, levó siempre sobre el pecho la insignia del cristiano, la cruz del Salvador,” i esta le dió en todas ocasiones virtud para comprender, i fortaleza para cumplir su deber como patriota i hombre de bien.

El 4 de diciembre de 1854, en medio de los aplausos con que el pueblo saludaba el triunfo de la Constitucion, i sin pensar en otra recompensa, llamó Vélez a la puerta de su humilde hogar, i hallando en él un mundito de afectos que le pertenecia exclusivamente, se despidió tranquilo, i para siempre, del mundo esterior.

Una vez no mas volvió el nombre de Vélez a sonar en los consejos de la Nación. Los representantes del pueblo quisieron testificarle su aprobacion por medio de un decreto de honores, que es uno de los actos mas espontáneos i unánimes de que se conserva recuerdo en nuestros fastos parlamentarios.

Bolívar habia dicho en 1819: “Si merezco vuestra aprobacion, habré alcanzado el sublime título de buen ciudadano, “preferible para mí al de Libertador que me dió Venezuela, al “de Pacificador que me dió Cundinamarca, i a los que el mundo “entero puede dar.” I espresando el mismo concepto en 1821, dijo: “Prefiero el título de ciudadano al de Libertador, porque “este emana de la guerra, aquel emana de las leyes. Cambiadme “todos mis dictados por el de buen ciudadano.”

Vélez habia sido en todas ocasiones leal defensor de las leyes. El Cuerpo legislativo de su patria, que queria recompensarlo de una manera correspondiente a su mérito, le dió el título que Bolívar codiciaba, i lo denominó BUEN CIUDADANO.

Tres años habian trascurrido. Era el 26 de noviembre de 1857. El ruido, desusado ya, de los pífanos i tambores, interrumpia el sosiego que de ordinario reina en la manzana que el convento de la Candelaria ocupa en Bogotá. En frente de este monasterio, i en el dintel de una casa de pobre pero aseada apa-

riencia, se detuvo la jente armada que causaba el estrépito marcial. A poco, el curioso pasajero hubiera podido ver por entre las abiertas ventanas el cadáver de un anciano Jeneral colocado entre cuatro cirios, i guardado por continelas. Las encapotadas cejas, el espeso bigote, i el aire de dignidad que, aun bajo el imperio de la muerte, conservaba el inanimado rostro del antiguo guerrero, dejaban conocer que ese cadáver era el de Vélez. Reclinado todavía en el lecho de dolor en que acababa de exhalar el postrer aliento, i en que dió durante muchos meses constante ejemplo de fortaleza i cristiana resignacion; hubiérase creído que solamente reposaba, i que aun habia de despertar: tan tranquila así era la expresion de su noble faz.

Conducido en hombros de sus colegas, i acompañado hasta el cementerio por un numeroso séquito de admiradores, rindiéronsele allí los honores propios de la ocasion. Una elocuente oracion fúnebre, pronunciada por el Jeneral Piñeres, i otras bellas composiciones recitadas por algunos de los circunstantes, fueron coronadas por el imponente adios que el ejército da a sus Jenerales: quince cañonazos i una descarga de fusilería anunciaron que Vélez no volveria a mandarlo.

Hecho esto, la tropa regresó a sus cuarteles, conducida por músicas alegres, como si el pecho del soldado no debiera abrigar por mucho tiempo ningun dolor agudo, ninguna emocion profunda.

La *Gaceta Oficial* registró en su inmediato número un decreto del Poder Ejecutivo en honor de Vélez. Los demas periódicos, sin distincion de matices políticos, tambien tributaron a su memoria las demostraciones de admiracion i respeto que merecia. En suma, funcionarios públicos, corporaciones i particulares, todos se hicieron un deber de tomar parte en este homenaje de gratitud, uniendo su voz al singular concierto de encomios que lo expresaba.

“El Jeneral Vélez,” se dijo entónces, “obró siempre bien; su vida privada fué pura, su conducta pública intachable. Prefirió su familia a sí mismo, su patria a su familia, su relijion a su patria; i porque fué siempre esclavo de Dios, fué el mas libre de los hombres, i el modelo de los ciudadanos.”

Estas palabras comprenden a un tiempo el retrato moral de Vélez i su mejor elogio. Con ellas, pues, daremos fin a la presente biografía.